

# CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL 2020

Comisión  
teológica



Comité Pontificio  
para los CC. EE. II

## «Todas mis fuentes están en ti»

La Eucaristía: fuente de la vida  
y de la misión cristiana



*Reflexiones teológicas y pastorales  
en preparación al LII Congreso Eucarístico Internacional,  
de Budapest (Hungría), 13 – 20 septiembre 2020*

di © Copyright 2018  
Pontificio Comitato  
per i Congressi Eucaristici Internazionali  
00120 Città del Vaticano

Traducción española del texto oficial italiano:  
LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, SSS  
Madrid (España), Diciembre 2018

# Índice

<b>1. Introducción</b> .....	4
1.1. El Congreso Eucarístico Internacional .....	
1.2. En Hungría .....	
1.3. Los objetivos del Congreso .....	
<b>2. «En ti está la fuente de la vida»</b> .....	7
2.1. Dios fuente de la vida .....	
2.2. «El que tenga sed, que venga a mí y beba» .....	
2.3. «Todas mis fuentes están en ti» (Sal 87, 7) .....	
<b>3. La Eucaristía, fuente de la vida cristiana</b> .....	11
3.1. Los fundamentos en el Nuevo testamento .....	
3.2. De la cena del Señor a la Eucaristía de la Iglesia .....	
3.3. Una síntesis medieval .....	
3.4. La Reforma protestante y el Concilio de Trento .....	
<b>4. La Eucaristía en el Concilio Vaticano II</b> .....	17
4.1. La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana .....	
4.2. La Eucaristía hace la Iglesia .....	
<b>5. La celebración de la Eucaristía, fuente y culmen de la vida eclesial</b> .....	21
5.1. La celebración eucarística, fuente de la vida cristiana .....	
5.2. El culto eucarístico fuera de la misa .....	
<b>6. La Eucaristía, fuente de la transformación de lo creado</b> .....	28
6.1. Significado cósmico de la Eucaristía .....	
6.2. La misa sobre el altar del mundo .....	
6.3. La Eucaristía y la transformación de lo creado .....	
<b>7. La Eucaristía, fuente de la santidad</b> .....	31
7.1. El ejemplo de los mártires húngaros del siglo XX.....	
7.2. Una llamada universal a la santidad .....	
7.3. En la vida cotidiana .....	
<b>8. La Eucaristía, fuente de la misión y del servicio</b> .....	37
8.1. Sacramento de la misión cumplida .....	
8.2. De Emaús a Jerusalén.....	
8.3. Eucaristía y servicio fraterno: la diaconía .....	
8.4. Eucaristía y unidad de los bautizados: la comunión .....	
8.5. Eucaristía y reconciliación .....	
<b>9. Ave verum corpus natum de Maria Virgine</b> .....	46

# 1.

## INTRODUCCIÓN

### 1.1. El Congreso Eucarístico Internacional

Los Congresos eucarísticos internacionales son una de las grandes manifestaciones públicas de la Iglesia que subrayan y valorizan el papel de la Eucaristía en la vida de los cristianos y en la praxis eclesial. Nacidos para glorificar a Jesucristo realmente presente en la Eucaristía y dar testimonio de su infinito amor al mundo, han generado procesos históricos de crecimiento de las comunidades cristianas para responder a las esperanzas de los hombres y contribuir a la construcción de un mundo más humano, justo y pacífico, a partir de la celebración eucarística.

Hungría acogió ya un memorable Congreso eucarístico internacional en Budapest en el año 1938. Tras ochenta y dos años el acontecimiento se renueva en el mismo lugar pero en circunstancias históricas y sociales completamente diferentes.

### 1.2. En Hungría

Hungría posee raíces cristianas muy profundas. Su primer rey, San Esteban (1000-1038) introdujo al pueblo húngaro en la comunidad de los pueblos cristianos de Europa. Entre las dinastías medievales reinantes, la de los Árpád dio un número consistente de santos a la Iglesia católica; y no faltan tampoco los mártires recientes que ofrecieron su vida por los demás, La fe cristiana, la constancia, la enseñanza y el ejemplo de los antepasados han sostenido al pueblo húngaro en las tempestades de la historia. Y todavía hoy vale el dicho: «*Nuestro pasado es nuestra esperanza, nuestra vida es Cristo*».

Hungría organizó su último Congreso Eucarístico Internacional en 1938, con el lema: «*Eucharistia, vinculum caritatis*». El mundo de entonces atravesaba grandes tensiones y era fuerte el deseo de la paz ante el peligro de una nueva guerra que parecía inevitable. En el himno congresual los fieles cantaron: «*Reúne, Señor, en la paz a todo pueblo y nación*», y la participación de medio millón de personas en la procesión y en la misa conclusiva se convirtió en una manifestación a favor de la paz entre los pueblos, y contra las amenazas de la guerra inminente.

Todo ello no consiguió evitar el segundo conflicto mundial que acarreó a Hungría lutos y sacrificios. Al terminar la guerra, además, los cristianos fueron perseguidos y aplastados por cuarenta años de dictadura comunista: abolidas las órdenes y congregaciones religiosas, encarcelados o deportados en campos de trabajo muchos sacerdotes y fieles, vejaciones continuas y supresiones por parte de un régimen que se declaraba ateo, estataliza-

ción de las escuelas católicas a excepción de ocho liceos, prohibición de la práctica religiosa. Todo ello comportó la huida al extranjero de cientos de miles de personas.

La fe y los valores cristianos sobrevivieron en las catacumbas y fueron transmitidos a las nuevas generaciones por comunidades activas en la ilegalidad. Así el número de los practicantes se redujo drásticamente mientras dos o tres generaciones crecieron sin educación religiosa alguna. Esta es la raíz de la difusa ignorancia religiosa, de la indiferencia hacia la fe y, a veces, también de una cierta hostilidad respecto a la Iglesia, consecuencia de decenios de propaganda anticlerical.

Tras la “liberación” y el cambio de régimen en 1989, se asistió en Hungría a un cierto refloreamiento de la práctica religiosa. El retorno de la democracia permitió la reapertura de las guarderías, escuelas, liceos y universidades católicas y de otras confesiones cristianas. En la política y en la legislación reaparecieron algunos valores cristianos. Muchas iglesias se reabrieron al culto, se construyeron nuevas y las comunidades cristianas de diversas confesiones obtuvieron un parcial resarcimiento material. Mientras las diversas formas de vida consagrada recuperaron la propia actividad con fuerzas renovadas, el servicio de Cáritas se extendió por todo el país y un número creciente de laicos participa activamente en la vida comunitaria y parroquial.

Pero, en los treinta años transcurridos desde 1989, muchas cosas han cambiado también en sentido negativo. Como en los otros países postcomunistas, también en Hungría el cuadro de la vida religiosa y de fe se ha debilitado a causa de la secularización, de la laicización, de la búsqueda del bienestar material, del relativismo, del agnosticismo. Ello ha conducido a la elevación de la media de edad de los fieles y a la disminución del número de practicantes visto que sobre diez millones de húngaros, en la misa dominical participa un número de fieles comprendido entre el 7 y el 10 % de la población. La crisis ha alcanzado también a la vida familiar y a las vocaciones sacerdotales y religiosas, por la dificultad de evangelizar al mundo juvenil. También la presencia social de la Iglesia está perdiendo eficacia, a pesar de que haya cada vez más personas adultas en búsqueda, que se dirigen a las comunidades cristianas para encontrar respuesta a los interrogantes fundamentales de la vida.

### 1.3. Los objetivos del Congreso

La preparación al Congreso Eucarístico Internacional de 2020 y su celebración ofrecen a los católicos y a cuantos les son cercanos por herencia cultural y por amistad, la extraordinaria oportunidad de presentarse juntos ante la sociedad para dar un testimonio abierto de la propia fe. El hombre contemporáneo, de hecho, como dijera San Pablo VI, «escucha más a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos»<sup>1</sup>.

---

1 PABLO VI, Exhortación apostólica (1975) *Evangelii Nuntiandi* [EN], 41.

El Congreso Eucarístico Internacional se convierte así para los católicos en la ocasión de reforzar la fe y compartir esperanza, vida y gozo con cuantos recorren el mismo camino a partir de la fuente eucarística de Cristo Resucitado.

A través de la participación en la Eucaristía viene confirmada la fe de los creyentes, reconstruida la identidad cristiana, profundizada la comunión con Cristo y con los hermanos. Así los cristianos, dentro de una sociedad dominada por la dictadura del relativismo, pueden dar testimonio de la Verdad ante el mundo con la cabeza alta, con valerosa serenidad, con caridad y mansedumbre según el ejemplo de Cristo.

El Congreso eucarístico internacional, además, es la ocasión para consolidar el diálogo entre los cristianos, en la certeza de que son más las cosas que nos unen que las que nos separan. Bajo la guía del Espíritu Santo somos conducidos a escuchar, comprender y resolver las cuestiones abiertas para buscar, en la verdad, las sendas del futuro. Solo el testimonio conjunto de los creyentes puede ofrecer a los no creyentes la Buena Noticia de la salvación.

A las personas de toda clase y condición social que buscan a Dios, el Congreso les ofrece el *kerigma*, el anuncio evangélico inicial: Dios, fuente de toda vida, ama a cada una de sus criaturas incondicionalmente. Por ello nos envió a su Hijo Jesús, hecho hombre en el seno de la Virgen María. Con sus palabras y con su mensaje, con su Pascua de muerte y resurrección canceló nuestro pecado, y por obra del Espíritu Santo vive para siempre en su Iglesia. Quien decide libremente dar la espalda al mal y, mediante el bautismo, acepta a Cristo como Salvador, entra en la gran familia de los redimidos y construye la comunidad de los hijos de Dios.

En el Congreso eucarístico de dimensiones mundiales, damos gracias a Cristo y le glorificamos, al único capaz de ofrecer vida. Y oramos para que el gozo que brota de la fuente eucarística se irradie no sólo en toda Hungría, sino también en los países de la Mitteleuropa, en toda Europa y en el mundo entero. Así todos podrán hallar un momento de renovación espiritual, una orientación evangélica, un poco de fe que venza la incertidumbre, una luz de esperanza para quien está triste, un poco de amor para vencer soledades y distancias.

## 2.

### «EN TI ESTÁ LA FUENTE DE LA VIDA»

#### 2.1. Dios fuente de la vida

Es convicción fundamental en la Biblia que la fuente de toda vida se halla en Dios, porque de Él viene todo aquello que el hombre necesita tanto para la vida natural como para la sobrenatural<sup>2</sup>. También son don suyo los alimentos indispensables para la vida terrena. Ya en el relato simbólico de la creación del hombre (Gén 2, 4b-25) se subraya el hecho que Dios no sólo crea al hombre, sino que le pone en el jardín-paraíso, lleno de toda clase de árboles frutales y regado por cuatro ríos. Así pues, el hombre debe a Dios no sólo la propia vida sino también todos los bienes necesarios para el propio sustentamiento.

El amor y el cuidado de Dios están en el centro, también, del relato del camino de Israel a través del desierto. Es el mismo Señor el que asegura, a través de Moisés, el alimento necesario en la forma del maná y las codornices (Ex 16, 1-15) y del agua que se hace brotar de la roca (Ex 17, 1-17; Núm 20, 1-13). La tradición bíblica más tardía habla de estas realidades ya como dones directamente recibidos de Dios.

Esta visión se manifiesta ante todo en los salmos: «*Hendió la roca en el desierto, y les dio a beber raudales de agua; sacó arroyos de la peña, hizo correr las aguas como ríos... hizo llover sobre ellos maná, les dio pan del cielo; y el hombre comió pan de ángeles, les mandó provisiones hasta la hartura*» (Sal 78, 15-16. 24-25). «*Lo pidieron, y envió codornices, los sació con pan del cielo; hendió la peña, y brotaron las aguas, que corrieron en ríos por el desierto*» (Sal 105, 40-41).

Por lo que respecta a la tradición del agua, aunque brote de la roca, su fuente original es Dios mismo. Así el agua no se presenta solo como bebida, sino también como símbolo de los bienes espirituales provenientes de Dios. Más aún, en algún pasaje veterotestamentario prevalece directamente el sentido trasladado. «*En ti está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz*» confiesa el salmista (Sal 36, 10). El profeta Jeremías reprocha así la infidelidad de Israel: «*una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua*» (2, 13). Particularmente digna de atención la promesa que se lee en un texto himnico del profeta Isaías: «*Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación. Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación*» (12, 2-3)<sup>3</sup>.

---

2 Los fieles de la iglesia bizantina evocan cada mañana en la liturgia de las horas: «*en ti está la fuente viva, y tu luz nos hace ver la luz*» (Sal 36, 10).

3 Ha de mencionarse también la invitación que se lee en el deutero-Isaías: «*Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche*» (Is 55, 1).

Todos estos textos escriturísticos afirman, por tanto, que Dios es la fuente de la que provienen todos los dones que los hombres necesitan en la perspectiva de la salvación.

## 2.2. «El que tenga sed, que venga a mí y beba»

En el Nuevo Testamento, el agua como símbolo de los bienes espirituales aparece sobre todo en el Evangelio de Juan. Jesús, en el Templo de Jerusalén, el último día de la fiesta de las tiendas revela a los que le escuchan: «*El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”*» (7, 37-38). En la fiesta de las tiendas que duraba siete días, los israelitas piadosos recordaban el camino por el desierto y, en la celebración, prestaban particular atención al agua como don recibido de Dios, fuente de la vida.

Durante los siete días de la fiesta, en efecto, de buena mañana, la muchedumbre seguía a los sacerdotes y levitas que iban a la piscina de Siloé, para tomar agua en ánforas de oro, mientras recitaban: «*sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación*». Y una vez que volvían al templo, el agua se derramaba sobre el altar. Es a la luz de esta solemnidad cuando Jesús se define como la fuente a la que se refiere el dicho profético<sup>4</sup>.

Pero no olvidemos que el evangelista refiere las palabras de Jesús al Espíritu Santo obtenido a cuantos creen en Cristo, en su glorificación en la cruz, en su Pascua de muerte y resurrección. En espera de Pentecostés, Cristo transmite ya su Espíritu en la cruz, cuando entrega el espíritu (Jn 19, 30)<sup>5</sup>. Del costado de Jesús traspasado por la lanza de un soldado, salen sangre y agua (Jn 19, 34) que en la tradición eclesial se refieren a los sacramentos del bautismo (el agua) y de la Eucaristía (la sangre).

Como dice el prefacio de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús: «*Con amor admirable se entregó por nosotros y, elevado sobre la cruz, hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia, para que así, acercándose al Corazón abierto del Salvador, todos puedan beber siempre con gozo de las fuentes de la salvación*»<sup>6</sup>.

La interpretación eucarística de la sangre de Cristo se apoya también en la parte final del discurso sobre el “pan de vida” del capítulo 6 del evangelio de Juan, en el que Jesús habla del propio cuerpo como alimento y de la propia sangre como bebida (6, 53-58). Sangre y agua aparecen después también en la primera Carta de Juan, junto con el Espíritu Santo: «*tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y el testimonio de los tres es único*» (5, 7-8). Bautismo y Eucaristía se convierten en fuente de la salvación mediante el Espíritu Santo.

---

4 A partir de Orígenes se ha hecho mayoritaria la interpretación según la cual los ríos de agua viva brotarían de cuantos creen en Cristo. Aunque hoy la mayoría de los biblistas, precisamente por el trasfondo veterotestamentario y por el carácter de la fiesta de las tiendas, considera que los ríos de agua viva broten de Cristo. Cf. R. SCHNACKENBURG, *Das Johannesevangelium II*; Freiburg 1980, 214; J. RATZINGER/BENEDICTO XVI, *Jesus von Nazaret I*; Città del Vaticano 2007, 289.

5 Cf. I. DE LA POTTERIE, *Studi di cristologia giovannea*; Genova 1986, 285.

6 Este prefacio del Misal Romano, se hace eco de la interpretación agustiniana del *Tractatus in Iohannis Euangelium*, CXX, 2, en Nuova Biblioteca Agostiniana (NBA), vol. XXIV/2, 1912.

También san Pablo, en la primera Carta a los Corintios, remitiendo al éxodo de los padres en el desierto recuerda: «*todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo*» (1Cor 10, 3-4).

### 2.3. «Todas mis fuentes están en ti» (Sal 87, 7)

La Eucaristía es fuente de vida no sólo para cada cristiano sino también para la Iglesia entera, comunidad de creyentes. Más aún, para que Cristo celebrado en la Eucaristía llegue a ser fuente perenne, es indispensable la obra mediadora de la Iglesia.

Para comprenderlo, volvamos una vez más al Antiguo Testamento, y precisamente al texto del que ha sido extraído el lema de este Congreso Eucarístico Internacional. Se trata del salmo 87, cuyo texto completo ofrecemos:

*Él la ha cimentado sobre el monte santo;*

*<sup>2</sup> y el Señor prefiere las puertas de Sión  
a todas las moradas de Jacob.*

*<sup>3</sup> ¡Qué pregón tan glorioso para ti,  
ciudad de Dios!*

*<sup>4</sup> «Contaré a Egipto y a Babilonia  
entre mis fieles;  
filisteos, tirios y etíopes  
han nacido allí».*

*<sup>5</sup> Se dirá de Sión: «Uno por uno,  
todos han nacido en ella;  
el Altísimo en persona la ha fundado».*

*<sup>6</sup> El Señor escribirá en el registro de los pueblos:  
«Este ha nacido allí».*

*<sup>7</sup> Y cantarán mientras danzan:  
«Todas mis fuentes están en ti».*

El salmo pertenece a los llamados “cantos de Sión”, en cuyo centro está la elección y la posición privilegiada de Jerusalén<sup>8</sup>. El Señor, como dice el comienzo del salmo, «*prefiere las puertas de Sión*», es decir la ciudad santa en la que se hallan el templo y la morada de la dinastía davídica, más que cualquier otro lugar de Israel<sup>9</sup>. Y el mismo YHWH confiere después la ciudadanía de Jerusalén a las naciones paganas que le “conocen”.

La promesa contenida en el salmo es digna de atención por dos motivos. Por un lado, la enumeración comienza con Egipto (Raab) y Babilonia, dos enemigos mortales que ha-

---

7 Nos referimos al salmo según la numeración de la *Biblia hebrea*. En los *Septuaginta* y en la *Vulgata* la oración se encuentra como salmo 86.

8 El grupo de los cantos de Sión contiene los salmos 46, 48, 76, 84, 87, 122.

9 G. RAVASI, *I Salmi II*, Bologna 1986, 800.

biendo aceptado con fe al Dios de Israel, se convierten de pleno derecho en ciudadanos de la ciudad santa. La enumeración prosigue, a continuación, con los puntos cardinales: Egipto/occidente – Babilonia/oriente – Filistea y Tiro/norte – Etiopía/sur. Así, las cinco naciones enumeradas representan al mundo entero que converge en Jerusalén, la ciudad santa en la que, gracias al conocimiento de Dios, las naciones antes antagónicas se reúnen en unidad y paz. Al final del salmo son todas estas naciones, reunidas en el contexto de una celebración litúrgica, las que anuncian: *«Todas mis fuentes están en ti»*.

La idea de que en los tiempos escatológicos Jerusalén y su templo serán fuentes de agua viva, está presente también en los escritos proféticos. *«Aquel día brotará una fuente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, remedio de errores e impurezas»*, leemos en el libro de Zacarías (13, 1). En el libro de Ezequiel se lee la profecía de la fuente que mana del lado oriental del Templo y se convierte en río grande y navegable (Ez 47, 1-12). Estos textos proféticos, igual que el salmo 87, anuncian el retorno a la condición paradisiaca, caracterizada por la abundancia, por la fecundidad y por la paz: *«Desde Sión se desarrolla una nueva creación fecunda y vigorosa, gozosa y bendita»*<sup>10</sup>.

La tradición cristiana lee el salmo 87 en referencia a la Iglesia en la convicción de que la verdadera Sión, la “Jerusalén celestial” se identifica con la Iglesia (cf. Gal 4, 26; Heb 12, 22-24): *«Sión era una ciudad terrena que reproducía en sombra la imagen de aquella Sión de la que se trata, o sea de aquella Jerusalén celeste de la que habla el apóstol “que es madre de todos nosotros” (Gál 4, 26)»*<sup>11</sup>. La Iglesia es la comunidad de los salvados que, procedentes de *«toda raza, lengua, pueblo y nación»* (Ap 5, 9), adoran a Dios *«en Espíritu y verdad»* (Jn 4, 24) y recuperan la unidad construyendo un solo cuerpo.

Como recuerda el apóstol Pablo: *«El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan»* (1Cor 10, 16-17).

La participación del cuerpo y la sangre de Cristo en la celebración eucarística crea una comunión real con Cristo y construye su cuerpo que es la Iglesia. Todos aquellos que participan del sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo, se convierten en un solo cuerpo, una única comunidad. La fuente de la que beben los fieles es garantía verdadera de unidad entre ellos.

---

10 G. RAVASI, *I Salmi II*, p. 802.

11 *«Erat enim quaedam civitas Sion terrena, quae per umbram gestavit imaginem cuiusdam Sion de qua modo dicitur, coelestis illius Ierusalem de qua dicit Apostolus: Quae est mater omnium nostrum»* Cf. *Enarrationes in Psalmos*, 86,2 in NBA, vol XXVII/I.

## 3.

# LA EUCARISTÍA, FUENTE DE LA VIDA CRISTIANA

### 3.1. Los fundamentos en el Nuevo Testamento

Desde el comienzo de su historia la Iglesia, fiel al mandato del Señor «*Haced esto en conmemoración mía*» (Lc 22, 19; 1Cor 11, 24), ha celebrado la Eucaristía definiéndola con dos títulos fundamentales: «*cena del Señor*» (1Cor 11, 20) y «*fracción del pan*» (Hch 2, 42).

Estos dos títulos enlazan el misterio eucarístico con el acontecimiento histórico de la última cena vivida por Jesús con sus discípulos, y las reuniones celebrativas de la Iglesia apostólica.

#### *La «cena del Señor»*

La «*cena del Señor*» evidencia cómo la acción eucarística haya sido entendida desde el principio como el gesto de revivir el misterio de la Pascua del *Kyrios*, recordando cuanto dijo e hizo en la noche en que fue traicionado.

En la última cena Jesús se ofrece en los gestos del pan y del vino, con una acción profética que anticipa el misterio pascual de muerte y de vida: el pan partido equivale a su cuerpo entregado, el vino distribuido a su sangre derramada. El don se cumple en la forma de un banquete: «*tomad y comed... tomad y bebed todos...*», y se entrega como acontecimiento de comunión y de perdón. Así la última cena aparece como la exégesis de toda la existencia de Jesús antes y después de los acontecimientos pascales; una existencia que se despliega como un misterio de muerte y de vida para que los creyentes puedan obtener en Él una vida de resucitados.

La última cena de Jesús se sitúa en el cuadro de las comidas del Maestro con los pecadores durante su vida, y en las comidas tenidas con sus discípulos después de su resurrección. Sentándose a la mesa con los pecadores, Jesús había proclamado que con él se realizaba ya el perdón universal anunciado por los profetas para los tiempos mesiánicos, y había manifestado que todos están llamados a participar en el banquete escatológico de la salvación (Is 25, 6).

En cuanto a las comidas del Señor resucitado con los once, más que convencer a los discípulos de la realidad de la resurrección ellos aseguran que el *Kyrios* sigue haciéndose presente entre los suyos mediante el signo pascual de la comida. Esto resulta particularmente evidente en la forma dada al episodio de los discípulos de Emaús, testimonio notable de la fe eucarística de la comunidad apostólica. Allí, el Resucitado se manifiesta y es reconocido presente en la acogida de su palabra y en el gesto de partir el pan con él.

Si para Jesús celebrar su Pascua significó pasar de la muerte a la vida «*habiendo amado a los suyos... hasta el extremo*» (Jn 13, 1), también para sus discípulos el memorial eucarístico es un acto que hace pasar incesantemente de la muerte a la vida, proclamando la presencia del Resucitado en su Iglesia.

### ***La «fracción del pan»***

Esta expresión recupera una realidad ya presente en ambiente judío, y se refiere a la comunión que se realiza cada vez que los cristianos se reúnen para partir el único pan y comer en la única mesa convirtiéndose en un solo cuerpo, el de Cristo Jesús.

En los Hechos de los Apóstoles la fracción del pan se inserta en un significativo marco eclesial. Cuantos llegaban a la fe «*partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón*» (Hch 2, 46) y «*perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones*» (Hch 2, 42).

A esta fracción del pan en recuerdo de la nueva Pascua se unían la escucha de la Palabra de Dios ilustrada por los responsables de la comunidad, una comida fraterna (*agápê*) compartiendo los bienes, y las oraciones en común elevadas al Padre de Jesucristo, el Mesías de los tiempos esperados.

Con la acción de gracias sobre los dones de la mesa, la comunidad experimenta la presencia del Señor Resucitado en continuidad con la experiencia de los apóstoles y de los discípulos de Emaús, y celebra el acontecimiento salvífico realizado de una vez para siempre en la muerte y resurrección del Salvador. Una convicción análoga se halla también en el relato de la fracción del pan realizada por Pablo en Tróade durante su último viaje misionero (Hch 20, 7-8. 11).

### ***El testimonio de Pablo***

Desde los años cincuenta san Pablo había transmitido a la comunidad de Corinto cuanto había recibido en la época de su conversión y de sus primeros contactos con las comunidades de Antioquía y Jerusalén. En la primera Carta a los Corintios (11, 17-34), el apóstol da por descontado que la comunidad se reúna en asamblea eucarística para celebrar la cena del Señor. Lo que le preocupa es llamar la atención de sus interlocutores sobre el contenido de la Eucaristía y sobre cómo debe ser creída, celebrada y vivida.

En Corinto la celebración eucarística era precedida por una comida en común que debía manifestar la comunión fraterna. Ello correspondía a las circunstancias históricas en las que Jesús había celebrado la última cena y había nacido la acción eucarística. Así, la reunión eucarística estaba ligada a la fraternidad y a la solidaridad.

Pero esta reunión, en lugar de expresar comunión y solidaridad hacia los más pobres, se había convertido en ocasión para dividir los ánimos y evidenciar las desigualdades. Esto, dice Pablo, ya no es «*comer y ver la cena del Señor*» porque ya no manifiesta el verdadero sentido de la cena de Jesús con los suyos. Si no se respeta la fraternidad, no se puede reco-

nocer en lo que se celebra lo que el Señor dijo que se hiciera en memoria suya, y se desprecia el significado profundo de la Eucaristía.

Es por esto por lo que Pablo repite lo que también él ha recibido, o sea el relato de la última cena. Si la Eucaristía es la memoria viva de la muerte del Señor, comulgar con el pan y el cáliz es entrar en comunión de vida con su cuerpo y su sangre, y llegar a ser consecuentemente un solo cuerpo con él. No se puede acoger la realidad del cuerpo de Cristo entregado y de la sangre de Cristo derramada si no se responde a la exigencia de la comunión fraterna.

### *Juan y el “pan de la vida”*

El evangelista Juan conocía ciertamente la praxis eucarística de la Iglesia apostólica y si no incluye en su texto el relato de la institución es porque dicho relato era ya conocido por sus comunidades y utilizado en la liturgia. Pero hay también un motivo más profundo: el evangelista ayuda a comprender la Eucaristía en el contexto más amplio de toda la experiencia de Jesús, venido en medio de nosotros para darnos la vida y vuelto al Padre para atraernos a él.

La vida de Jesús se desarrolló como un gran paso pascual *del Padre al mundo* (encarnación) y *del mundo al Padre* (muerte y resurrección). Precisamente es en este paso donde se manifiesta y se realiza la salvación de la humanidad. El discurso sobre el pan de vida (Jn 6), se sitúa en este movimiento de descenso y ascenso. La Eucaristía es el pan vivo bajado del cielo que hace subir hacia el Padre. Frente a las objeciones de los judíos, la catequesis de Jesús se desarrolla progresivamente hasta anunciar explícitamente un alimento y una bebida que son definidos como su carne y su sangre dados para la vida del mundo: «*Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él*» (Jn 6, 55-56).

La palabra carne evoca la estrecha relación existente entre la encarnación, la cruz y la Eucaristía: en ella el creyente se nutre del Hijo de Dios hecho hombre y muerto por nosotros, y en la fe vive de él y en él, el Resucitado. Así Jesús se presenta a los creyentes como víctima ofrecida en sacrificio (carne y sangre) y como don de redención universal.

### **3.2. De la cena del Señor a la Eucaristía de la Iglesia**

Disponemos de relativamente pocos textos sobre el desarrollo de la Eucaristía en el período de los Padres de la Iglesia<sup>12</sup>. Ignacio de Antioquía (†115) lo menciona algunas veces pero no dice nada de su celebración ritual. El primer documento que se refiere explícitamente a la Eucaristía es probablemente la *Didajé* que contiene tres oraciones de trasfondo eucarístico y una breve narración de la cena eucarística en el día del Señor<sup>13</sup>. Del año 112

---

12 Cf. J. A. JUNGMANN, *El sacrificio de la Misa*, Madrid (1951), pp. 27 ss.

13 Cf. *Didajé* 9-10 e 14-15, en *Sources Chrétiennes* (Sch) 248/bis.

(aprox.) nos ha llegado el testimonio de Plinio el Joven, gobernador romano de Bitinia y del Ponto, el cual en una carta al emperador Trajano recuerda que los cristianos solían reunirse «*un día señalado antes del amanecer, cantar entre ellos, de manera alterna, en alabanza a Cristo*» y que «*tenían por costumbre separarse y reunirse de nuevo para tomar el alimento, totalmente corriente e inocuo*»<sup>14</sup>.

La identidad de la acción eucarística resulta claramente expresada hacia el año 160, en la primera Apología de Justino, donde se describe la comunidad de los bautizados como una asamblea celebrante en la cual se saludan con un beso de paz, se presentan los dones de pan y vino, se eleva una prolongada plegaria de alabanza y súplica al Padre en nombre de su Hijo Jesucristo, a la que todos responden «*Amén, Amén*». Sigue la comunión de los dones consagrados reservando una parte de pan para llevar a los ausentes. Poco después Justino propone una densa síntesis de doctrina eucarística y la descripción de la acción eucarística celebrada en el «*día del sol*»<sup>15</sup>. La formación de una liturgia eucarística unitaria se puede encontrar ya en la organización eclesiástica de Hipólito, de comienzos del siglo tercero, con una plegaria que celebra la obra salvífica de Dios en Cristo en la memoria eucarística de la comunidad<sup>16</sup>.

En los siglos de la antigüedad tardía y de la alta Edad media, la celebración y la participación en la Eucaristía son percibidas como elementos constitutivos de toda comunidad cristiana. Así, en la historia de la Iglesia podemos admirar, llenos de agradecimiento, «*cómo se han desarrollado ordenadamente en el tiempo las formas rituales con que conmemoramos el acontecimiento de nuestra salvación. Desde las diversas modalidades de los primeros siglos, que resplandecen aún en los ritos de las antiguas Iglesias de Oriente, hasta la difusión del rito romano; desde las indicaciones claras del Concilio de Trento y del Misal de san Pío V hasta la renovación litúrgica establecida por el Concilio Vaticano II: en cada etapa de la historia de la Iglesia, la celebración eucarística, como fuente y culmen de su vida y misión, resplandece en el rito litúrgico con toda su riqueza multiforme*»<sup>17</sup>.

### 3.3. Una síntesis medieval

El Concilio Vaticano II nos recuerda, a partir de la enseñanza del “*Doctor angélico*”<sup>18</sup>, que «*los sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesiásticos y las obras del apostolado, están unidos con la Eucaristía y hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan*»<sup>19</sup>.

---

14 C. Plini Caecili Secundi, *Epistularum libri decem*, X, 96; Oxford (1963).

15 JUSTINO, *Apologia* I,65. 67; en *Sch* 597.

16 HIPÓLITO, *Traditio Apostolica* 4; en *Sch* 11/bis.

17 BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica post sinodal (2007) *Sacramentum Caritatis* [SCa], 3.

18 Así fue definido Tomás de Aquino por san Pío V en 1567. Pío XI, en la encíclica *Studiorum Ducem* (AAS XV/1923, 309-326), lo define «*Eucharistiae praeco et vates maximus*».

19 CONCILIO VATICANO II, Decreto (1965) *Presbyterorum Ordinis* [PO], 5.

Será precisamente santo Tomás de Aquino el que ofrezca, en su *Summa*, esa síntesis de la doctrina eucarística medieval que constituirá la matriz de gran parte de la enseñanza eucarística posterior. Tomás subraya dos puntos de vista<sup>20</sup>. Ante todo la Eucaristía es el sacramento más importante, porque en ella está presente esencialmente Cristo, mientras que en los otros sacramentos Cristo viene en nuestra ayuda sólo mediante su gracia y su fuerza.

Los otros sacramentos, además, están ordenados a la Eucaristía que es el fin último de la vida sacramental. El sacramento del orden, de hecho, tiene la finalidad de hacerla presente; el bautismo y en parte la confirmación la de recibirla; la penitencia y la unción de los enfermos perdonan los pecados para recibir dignamente el cuerpo de Cristo. Y en el matrimonio, signo de la comunión de Cristo con la Iglesia, la celebración de la Eucaristía sella la comunión de los esposos entre sí y con Cristo.

En la celebración de la Eucaristía se hace presente el sacrificio salvífico de Cristo, su Pascua de muerte y de resurrección; por ello la santa Misa es el marco propicio en el que administrar también los otros sacramentos que, por su naturaleza, remiten a la Eucaristía<sup>21</sup>.

### 3.4. La Reforma protestante y el Concilio de Trento

«¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura!». En la antífona de Vísperas de la vigilia de la festividad del *Corpus Christi* la liturgia de la Iglesia manifiesta su inagotable asombro por el milagro de la Eucaristía, y sintetiza la fe católica sobre la esencia de este sacramento<sup>22</sup>.

La Eucaristía no sólo contiene la gracia, como los demás sacramentos, sino al mismo autor de la gracia, Cristo, y su obra salvífica, el sacrificio de la salvación; por esto se trata del don más grande<sup>23</sup>. El Concilio de Trento no pretendió construir un tratado global y completo sobre la Eucaristía, solamente responder a los problemas planteados por la reforma<sup>24</sup> y conservar la integridad del misterio.

Sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía el Concilio enseña «que en el augusto sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene verdadera, real y sustancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles»<sup>25</sup>. Tal presencia real permanente acontece mediante la transustanciación: «aquella maravillosa y singular conversión de toda la sustancia del pan en el

---

20 Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Teologica* [STH], III, q 65, a 3.

21 Cf. STH III, q 79, a 1.

22 Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica (2004) *Mane Nobiscum Domine* [MND], 29.

23 «La Eucaristía se dice hostia en cuanto contiene a Cristo en persona, que es "hostia saludable» en STH III, q 73.a.4. ad 3.

24 Cf. H. DENZINGER, *Echiridion Symbolorum* [DH] a cura di P. HÜNERMANN, Bologna 2009<sup>4</sup>, 1725.

25 DH, 1636.

*cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre, permaneciendo sólo las especies de pan y vino; ...la Iglesia Católica aptísimamente llama transustanciación»<sup>26</sup>.*

Como alternativa al término tridentino de *trasustanciación*, se propusieron, recientemente, los términos *transignificación* y *transfinalización*. Se podrían proponer otros como más adecuados a la cultura hodierna, para describir esta mutación real y misteriosa a la vez. En todo caso, ninguno de estos términos podría escapar al límite y a la provisionalidad lingüística filosófica del término *transustanciación*<sup>27</sup>.

Sobre el carácter sacrificial de la santa misa el Concilio de Trento enseña que: «*el Dios y Señor nuestro, ... en la última Cena, la noche que era entregado (1 Cor. 11, 23 ss), para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres, por el que se representara aquel suyo sangriento que había una sola vez de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos, y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos, ...ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino»<sup>28</sup>.*

La santa misa no es entonces un sacrificio nuevo, como si el sacrificio único y perfecto de Cristo no hubiese sido eficaz o suficiente (cf. Heb 10, 12), sino que es una “representación”: por ella entramos en el eterno presente del sacrificio de Cristo. Lo que se repite es el acto sacramental y la posibilidad de nuestra oblación<sup>29</sup>.

Entre estos temas que reproducen esencialmente los tratados medievales, resulta excepcional el tema de la Eucaristía como signo de unidad, característico de la gran tradición patristica pero que sólo es citado por el Concilio en una perspectiva moral: «*el santo Concilio, exhorta, ruega y suplica, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios [Luc. 1, 78] que todos y cada uno de los que llevan el nombre cristiano convengan y concuerden ya por fin una vez en este “signo de unidad”, en este “vínculo de la caridad”; en este símbolo de concordia...»<sup>30</sup>.*

---

26 DH, 1651.

27 Cf. C. GIRAUDO, *In unum corpus. Tratado mistagógico sobre la Eucaristía*, Madrid 2017, p.450 ss.

28 DH, 1739–1740.

29 Cf. C. JOURNET, *Le mystère de l’Eucharistie*, Paris 1980, p. 33.

30 DH, 1649.

## 4.

# LA EUCARISTÍA EN EL CONCILIO VATICANO II

El primer impulso innovador, tras los decretos del Concilio de Trento que guiaron durante los siglos sucesivos la reflexión teológica y la catequesis, vino del movimiento litúrgico. A partir de exigencias pastorales el movimiento contribuyó, entre otras muchas cosas, al redescubrimiento de la Eucaristía como presencia de la acción salvífica de la Pascua de Cristo y a la valoración del principio de la “participación activa”. Así, junto con la acción del movimiento bíblico y patrístico, preparó el terreno favorable -en el contexto del retorno a las fuentes y a la Tradición sancionado por el Vaticano II- para una nueva síntesis de la doctrina eucarística. Aunque sin producir un texto particular sobre la Eucaristía, el Concilio Vaticano II trató el tema en muchos documentos, más allá de la Constitución sobre la Liturgia.

### 4.1. La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana

Para el Concilio Vaticano II la celebración de la Eucaristía es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana»<sup>31</sup>, «raíz y quicio» de la comunidad cristiana<sup>32</sup>, «fuente de la vida de la Iglesia»<sup>33</sup>, «fuente y cima de toda la evangelización»<sup>34</sup>, «el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana»<sup>35</sup>; de ella «la Iglesia vive y crece continuamente»<sup>36</sup>.

La afirmación que la Eucaristía sea «fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia» ha arraigado profundamente en nuestro lenguaje convirtiéndose en lugar común de la teología. Su origen se encuentra en la *Lumen Gentium* donde, hablando del “sacerdocio común” de todos los fieles, se dice: «los fieles... participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella...»<sup>37</sup>.

La Eucaristía no es sólo el acto de todo el pueblo sacerdotal de los bautizados sino que es también la “forma”, es decir el modelo, el seno materno del que nace la Iglesia. Po-

---

31 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia (1964) *Lumen Gentium* [LG], 11.

32 *PO*, 6.

33 CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el Ecumenismo (1964) *Unitatis Redintegratio* [UR], 15.

34 *PO*, 5.

35 CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre la misión pastoral de los Obispos en la Iglesia (1965) *Christus Dominus* [Chd], 30.

36 *LG*, 26.

37 Esta definición de *LG*, 11 retorna también en: CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia (1963) *Sacrosanctum Concilium* [SC], 10; *Chd*, 30; Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia (1965) *Ad Gentes* [AD], 9 y 39; *UR*, 15; *PO*, 5 e 14; Decreto sobre el apostolado de los laicos (1965) *Apostolicam Actuositatem* [AA], 3; Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (1965) *Gaudium et Spes* [GS], 38. Cf. R. FALSINI, *La liturgia «come culmen et fons»: genesi e sviluppo di un tema conciliare*, en AA.VV., *Liturgia e spiritualità*, Roma 1992, 27-49.

dríamos decir, en otras palabras, que «en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y pan vivo que, con su Carne, por el Espíritu Santo vivificada y vivificante, da vida a los hombres»<sup>38</sup>.

El concilio presenta a continuación la Eucaristía en relación no sólo con el sacrificio de la cruz sino con todo el misterio pascual: «Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera»<sup>39</sup>.

Por ello, la Eucaristía no es sólo una oración o un canto sino la celebración de una Pascua, una acción ordenada no sólo a producir o causar la presencia real, sino a recuperar la riqueza de todo el misterio pascual.

Otra novedad conciliar es la correlación entre la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía. La Liturgia de la Palabra, oportunamente vinculada a la progresión del año litúrgico, es parte integrante de la celebración. Cristo, en efecto, «está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla»<sup>40</sup>. En la estructura binaria de la celebración eucarística, la Liturgia de la Palabra proclama la historia de la salvación realizada por Dios, mientras la Liturgia eucarística celebra y hace presente esta historia en su momento culminante: la muerte y la resurrección de Jesucristo, su Pascua gloriosa. La primera parte de la misa proclama y hace presente la salvación; la segunda parte la realiza en plenitud mediante la participación sacramental del Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Palabra crea en la asamblea esa actitud de fe que da sentido pleno a la celebración del signo sacramental.

Esta realidad única es obra del Espíritu Santo, que ha suscitado la Palabra y ha santificado el pan y el vino para transformarlos en el cuerpo y la sangre de Cristo. «Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios que "permanece para siempre"»<sup>41</sup>.

## 4.2. La Eucaristía hace la Iglesia

En el Concilio, la Eucaristía alcanza su plena dimensión eclesial según la expresión del jesuita francés Henri De Lubac (1896-1991), «La Eucaristía hace la Iglesia», que ratifica la recuperación del modelo eucarístico desarrollado por los Padres de la Iglesia. La celebra-

---

38 PO, 5.

39 SC, 47.

40 SC, 7. El mismo número presenta detalladamente las diversas modalidades de la presencia de Cristo en la celebración y representa una de las afirmaciones conciliares más nuevas en relación a la piedad eucarística medieval.

41 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la divina revelación (1965) *Dei Verbum* [DV], 26.

ción de la Eucaristía es un acontecimiento dinámico en el que la Iglesia recibe los dones del pan y del vino transformados, para transformarse a su vez en el Cuerpo de Cristo. La asamblea cristiana es invitada a recibir el cuerpo eucarístico para convertirse en su cuerpo eclesial.

Esta dimensión ‘comunional’ de la Iglesia basada sobre la Eucaristía ha sido desarrollada sobre todo en la *Lumen Gentium*. Recorriendo rápidamente el documento conciliar, desde el comienzo encontramos afirmaciones importantes: «*la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico*»<sup>42</sup>, con referencia directa al texto paulino de 1Cor 10, 17. La misma declaración vuelve a aparecer poco después: «*Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con Él y entre nosotros. “Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (1Cor 10, 17). Así todos nosotros nos convertimos en miembros de ese Cuerpo (cf. 1Cor 12,27) “y cada uno es miembro del otro” (Rom 12, 5)*»<sup>43</sup>. La Eucaristía no indica solamente la unidad de la Iglesia sino que la realiza: «*confortados con el cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento*»<sup>44</sup>.

Pero la declaración más importante sobre este tema la encontramos en la sección referida a la función episcopal. Tras haber precisado que la eclesiología eucarística conduce a una nueva valoración teológica de la Iglesia particular, se afirma: «*En toda comunidad de altar, bajo el sagrado ministerio del Obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y “unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación”. En estas comunidades, aunque sean frecuentemente pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Pues “la participación del cuerpo y sangre de Cristo hace que pasemos a ser aquello que recibimos”*»<sup>45</sup>.

En el período post-conciliar, el regreso a la eclesiología eucarística de comunión se produjo en la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985, que centró sus trabajos en la Iglesia como Comunión: «*la eclesiología de comunión es la idea central y fundamental en los documentos conciliares (...) Se trata fundamentalmente de la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta comunión se halla en la Palabra de Dios y en los sacramentos. El Bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión en la Iglesia. La Eucaristía es la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana. La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, o sea edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia*»<sup>46</sup>.

---

42 LG, 3.

43 LG, 7.

44 LG, 11.

45 LG, 26.

46 *Relatio finalis*, II C 1; en ENCHIRIDION VATICANUM 9, Bologna 1987, p. 1761.

Por ello Juan Pablo II podrá afirmar que «*hay un 'influjo causal' de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia*»<sup>47</sup>.

---

47 JUAN PABLO II, Carta encíclica (2003) *Ecclesia de Eucharistia* [EE], 21

## 5.

### LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CULMEN DE LA VIDA ECLESIAL

La estructura celebrativa de la Eucaristía es presentada así en la Ordenación general del Misal Romano: «*La Misa en cierto modo consta de dos partes: la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística, tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un solo acto de culto, ya que en la Misa se dispone la mesa, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la que los fieles encuentran instrucción y alimento. Otros ritos abren y concluyen la celebración*»<sup>48</sup>.

La misa está constituida por una doble mesa<sup>49</sup> enmarcada por algunos momentos rituales menores aunque necesarios para el equilibrio de la entera celebración. Todo ello ha llegado a nosotros por una rica y secular tradición de fe que la reforma litúrgica, promovida por el Concilio Vaticano II, sopesó cuidadosamente para conducir a los fieles a «*la participación consciente, activa y total, es decir, esa participación de cuerpo y alma, ferviente de fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea, la que reclama su misma naturaleza (de la celebración)*»<sup>50</sup>.

El rito litúrgico, celebrado en la fidelidad de la Iglesia al mandato de su Señor («*Haced esto en conmemoración mía*»), es el fruto permanente y vital de la obra de evangelización cumplida por Jesucristo y confiada por él a los Apóstoles y a sus sucesores. Lo recuerdan los Hechos de los Apóstoles en el sumario dedicado a la vida de la primitiva comunidad apostólica (Hch 2, 42.46-47). Lo recuerda, a su vez, el apóstol Pablo en su testimonio a los habitantes de Corinto (1Cor 11, 23). Lo deja entrever el evangelista Lucas en el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) donde la experiencia pascual del Señor resucitado es presentada con los rasgos característicos de una liturgia eucarística dominical.

En el gesto litúrgico de la celebración hay un anuncio de la Pascua de Cristo y de su retorno; la fuente de la vida, de la fe y de la misión; la escuela comunitaria y popular de la comunión; el impulso dinámico para la evangelización. Para descubrir los tesoros recorramos el itinerario ritual de toda celebración eucarística con el método de la mistagogía<sup>51</sup>.

---

48 *Ordenación General del Misal Romano [OGMR]*, 28. Las liturgias de las diversas Iglesias orientales, católicas y ortodoxas, siguen a grandes líneas la misma estructura, mientras en los detalles presentan, también entre ellas, una rica diversidad.

49 *SCa*, 44: «*la Iglesia recibe y ofrece a los fieles el Pan de vida en las dos mesas de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo*».

50 *OGMR*, 18.

51 Dice así el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es "mistagogia"), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los "sacramentos" a los "misterios"*» (n. 1075). Cf. C. GIRAUDO, *In unum corpus...* cit.; P. DE CLERCK, *La celebración eucarística. Su significado y su dinámica*, en M. BROUARD (dir.), *Enciclopedia de la Eucaristía*, Bilbao 2004, pp. 433-454.

## 5.1. La celebración eucarística, fuente de la vida cristiana

### a. Ritos iniciales

«Reunido el pueblo...»<sup>52</sup>. Las palabras de la Ordenación general del Misal Romano son esenciales para comprender lo que constituye la celebración eucarística. La asamblea del pueblo de Dios es la primera realidad sacramental de la misa. Esta convocatoria eclesial, más allá de la reunión concreta y de las preocupaciones de cada uno es, en realidad, una convocatoria divina. Concepto este no siempre claro en la mente de fieles y pastores porque con las motivaciones de la fe se mezclan otras. Los ritos iniciales tienen el objetivo de mediar entre las intenciones de los sujetos convocados a celebrar y las exigencias de la misma celebración.

Los ritos iniciales (canto, señal de la cruz, saludo del presidente a la asamblea, monición introductoria, acto penitencial, gloria y oración colecta)<sup>53</sup> a la vez que establecen la comunicación entre Dios y su pueblo, y de los fieles entre sí, despliegan todas sus potencialidades en orden a la evangelización de la mente y el corazón de los fieles.

La veneración del altar por parte del presidente y el signo de la cruz evidencian la calidad sacramental del altar y de la asamblea. El saludo con la fórmula breve «*El Señor esté con vosotros*», o con otras fórmulas, manifiesta al mismo tiempo la presencia de Cristo resucitado en medio a los suyos y el misterio de la Iglesia reunida. Las diferentes fórmulas del acto penitencial se dirigen a Dios o a Cristo para pedir el perdón de los pecados y son una llamada a la conversión más que una culpabilización. Tras el himno del Gloria, el sacerdote, diciendo «*Oremos*», invita a un momento de oración silenciosa antes de decir la oración que recoge en una formulación eclesial la oración de la asamblea. El «*Amén*» que concluye la oración proclama la fe en la bondad de Dios que escuchará la invocación de su pueblo.

Con los ritos iniciales, los fieles constituyen la «*santa asamblea*» y reciben aquí la buena noticia: «*renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo, no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo, pasan, finalmente, a constituir “un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios”*»<sup>54</sup>.

### b. La liturgia de la Palabra

La convocatoria eucarística llega, así, a la mesa de la Palabra donde la proclamación de las Escrituras se hace encuentro de gracia con el Señor resucitado<sup>55</sup>. Mientras se escucha

---

52 OGMR, 47.

53 OGMR, 46: «*Su finalidad es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunión y se dispongan a oír como conviene la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía*».

54 Cf. LG, 9.

55 OGMR, 55: «*en las lecturas, que luego explica la homilía, Dios habla a su pueblo, le descubre el misterio de la redención y salvación, y le ofrece alimento espiritual; y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles. Esta palabra divina la hace suya el pueblo con el silencio y los cantos, y muestra su adhesión a ella con la profesión de fe; y una vez nutrido con ella, en la oración universal hace súplicas por las necesidades*

la palabra proclamada en la asamblea litúrgica, la celebración en acto se inserta en la lógica de la historia de la salvación, se vive la experiencia eclesial de la revelación divina y nos ponemos en escuela del Señor Jesús, el único y verdadero maestro.

La liturgia de la Palabra enseña a realizar una síntesis unitaria del Antiguo y del Nuevo Testamento como pide la disposición celebrativa del Leccionario que ha abierto «con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura»<sup>56</sup>. La gran intuición patrística por la cual el Nuevo Testamento está prefigurado en el Antiguo, y el Antiguo completamente desvelado en el Nuevo, está en la base del uso litúrgico de la Escritura. En este sentido, la proclamación del Evangelio se convierte en el punto focal del diálogo salvífico mantenido entre Dios y su pueblo a lo largo de la historia: «Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente, ya que Él mismo está presente en la acción litúrgica. En esta perspectiva sacramental de la revelación cristiana, el conocimiento y el estudio de la Palabra de Dios nos permite apreciar, celebrar y vivir mejor la Eucaristía»<sup>57</sup>.

El anuncio hecho en la homilía ayuda a transformar la escucha en acogida de la Palabra haciendo madurar la disponibilidad al Evangelio y ayudando a asumir el ejemplo de Cristo que se ofreció al Padre y a los hermanos<sup>58</sup>. La homilía está orientada a dar a los fieles la posibilidad de entrar en comunión con el misterio que han venido a celebrar.

La liturgia de la Palabra se concluye con la oración universal en la que el pueblo «ejerciendo su sacerdocio bautismal»<sup>59</sup>, ora por sí mismo y por el mundo.

### **c. La liturgia eucarística**

El paso de la liturgia de la Palabra a la liturgia eucarística favorece la integración recíproca de Palabra y Sacramento, y permite a los fieles percibir que la Palabra dispone al Sacramento y el Sacramento actúa eficazmente la Palabra.

El esquema celebrativo de la liturgia eucarística (dones - plegaria eucarística - comunión) se presenta como una 're-presentación' litúrgico-ritual de las acciones realizadas por Cristo en la última cena.

Los ritos de la presentación de los dones anuncian claramente la bondad de todo lo creado porque el «fruto de la tierra y del trabajo del hombre» está destinado a ser el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Ello es fuente de bendición porque la mirada sobre las cosas creadas abre el corazón al agradecimiento y gracias a la ofrenda del pan y del vino se prepara el alimento «súper-sustancial» («*epiousios*», Mt 6, 11) y celestial.

Respecto a la plegaria eucarística, corazón de todo el rito litúrgico, fijemos la atención al menos sobre dos de sus aspectos más significativos: la *anámnesis* y la *epiclesis*.

---

*de la Iglesia entera y por la salvación de todo el».*

56 SC, 51.

57 SCa, 45.

58 Cf. C. M. MARTINI, *Sia pace sulle tue mura*, Bologna 1984, pp. 128-129.

59 OGMR, 69.

La *anámnesis* es la celebración-memorial de las obras de Dios a favor de su pueblo. Por ello, la plegaria eucarística se abre con la alabanza, la acción de gracias, la exaltación de Dios por las palabras y los gestos con los que ha transformado la historia del mundo en un lugar de salvación. En la cumbre de los prodigios obrados por nosotros está la memoria de la Pascua del Hijo “amado”, «*signo indeleble de tu alianza*»<sup>60</sup>.

La *epiclesis*, o sea la invocación del Espíritu por medio del cual se realiza el sacramento, se desarrolla ante todo con una plegaria de invocación: «*Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad; santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu*»<sup>61</sup>. Pan y vino son transformados, por la fuerza del Espíritu, en cuerpo y sangre del Señor (primera epiclesis) para que «*cuantos compartimos este pan y este cáliz, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*»<sup>62</sup> (segunda epiclesis).

Es por medio del Espíritu como la Iglesia que celebra la Eucaristía se entrega a sí misma y entrega al mundo el cuerpo sacramental del Señor Jesús, para que en la comunión del único pan todos lleguemos a ser el cuerpo eclesial de Cristo, su pueblo santo.

Todas las plegarias eucarísticas, de ayer y de hoy, llevan la celebración hacia esta desembocadura eclesial: el fruto propio y específico de la santa misa es la edificación de la comunidad cristiana en su comunión de vida con Jesucristo y en la comunión de destino con los hermanos de fe.

Participando en la plegaria eucarística, los fieles alaban, bendicen, glorifican al Señor. En la acción de gracias que toda la Iglesia, cabeza y cuerpo, eleva al Padre por su obra de salvación, pero sobre todo por haber enviado a su Hijo, los presentes siguen a Jesús que «*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13, 1). Eucaristía tras Eucaristía ellos aprenden a decir con él: «*Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros*» y se convierten «*en Cristo (en) víctima viva para alabanza de tu gloria*»<sup>63</sup>. Así, la plegaria eucarística celebra el centro vivo del Evangelio que es constituido por el misterio pascual.

#### **d. Los ritos de comunión**

Terminada la Plegaria eucarística, el Padre nuestro, el rito de la paz y la fracción del pan conducen a la comunión que es el momento culminante de la misa: ahora Cristo se ofrece efectivamente a sus hermanos y hermanas, les implica en su “paso” pascual, les nutre y les introduce en la vida trinitaria.

En la catequesis eucarística neotestamentaria la Eucaristía es el pan del camino, el alimento necesario para todo estado de vida. La acción eucarística está ordenada no solo a producir o causar la presencia eucarística, sino a crear comunión, a entrar en la lógica de la vida de aquel que se hace alimento. La Eucaristía se convierte, por tanto, para nosotros en

---

60 *Plegaria eucarística de la Reconciliación I.*

61 *Plegaria eucarística II.*

62 *Plegaria eucarística IV.*

63 *Plegaria eucarística IV.*

acción para comulgar -entrar en comunión- con el don del Señor, comportándonos como Jesucristo que «*siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios*» (Flp 2, 5-6). La procesión común al Sacramento, para recibir el mismo pan de vida, el Amén que testimonia de modo personal la misma fe de la Iglesia, el canto y el silencio común para dar gracias, todo se convierte en fuente de caridad para la vida del creyente: en la comunión con Jesús, pan de vida, nace la disponibilidad a construir la fraternidad humana.

#### ***e. Los ritos conclusivos***

La misa concluye reenviando a la vida y a la misión. La oración después de la comunión invoca que los frutos de la Eucaristía celebrada manifiesten visiblemente el nuevo rostro de la humanidad de los discípulos del Señor.

La bendición final recoge sintéticamente la riqueza de los dones de Dios experimentados a lo largo de la celebración y los hace 'viático' para el testimonio a dar en el mundo. El saludo final («*Podéis ir en paz*») es a la vez invitación a conservar el don recibido y mandato para que cuantos han participado en la mesa vayan a impregnar las realidades de este mundo del Espíritu recibido durante la celebración: «*Concéde nobis, omnipotens Deus, ut de percéptis sacraméntis inebriémur atque pascámur, quátenus in id quod súmimus transeámus - Concédenos, Dios todopoderoso, que nos alimentemos y saciemos en los sacramentos recibidos, hasta que nos transformemos en lo que hemos tomado*»<sup>64</sup>.

### **5.2. El culto eucarístico fuera de la misa**

El culto eucarístico fuera de la misa está regulado por la Iglesia en el correspondiente *Ordo* titulado *De sacra comunione et de cultu mysterii eucaristici extra missam*<sup>65</sup>. Mientras traduce litúrgicamente las normas expresadas con la Instrucción *Eucharisticum mysterium*, el ritual ofrece los criterios para ordenar el culto eucarístico que provienen de la visión de la Eucaristía ofrecida por el Vaticano II. Significativo es el orden de los tres grandes capítulos que componen el ritual: la comunión fuera de la misa; la comunión y el viático llevados al enfermo; las diversas formas de culto a la Eucaristía. Es precisamente en esta última parte donde se encuentra la presentación del significado de la adoración junto con la respuesta a numerosas cuestiones prácticas. Es la referencia fundamental de la que no se puede prescindir.

Si el motivo fundamental de la conservación de las especies consagradas, atestiguado por la tradición, es la comunión llevada a los ausentes y a los enfermos en forma de viático, a propósito del culto eucarístico se afirma que «*la celebración de la Eucaristía en el sacrifi-*

---

64 Oración después de la comunión del 27º domingo del Tiempo Ordinario del Misal Romano.

65 SACRA CONGREGATIO PRO CULTU DIVINO, *De Sacra Communione et de Cultu Mysterii Eucharistici extra Missam*, = *RITUALE ROMANUM ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum auctoritate Pauli PP. VI promulgatum* (21 iunii 1973), Editio typica, Typis Polyglotis Vaticanis 1973. (*RITUAL DE LA SAGRADA COMUNIÓN Y DEL CULTO A LA EUCARISTÍA FUERA DE LA MISA reformado según los decretos del Concilio Vaticano II, aprobado por el Episcopado Español y confirmado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino, Coeditores litúrgicos, Madrid 1974*) [RCCE].

cio de la Misa es realmente el origen y el fin, del culto que se le tributa fuera de la Misa»<sup>66</sup>. Dado que la celebración de la Eucaristía es «el centro de toda la vida cristiana», se debe prestar atención para que «el culto del santísimo Sacramento manifieste su relación con la Misa»<sup>67</sup>.

«La adoración fuera de la santa Misa – recordaba Benedicto XVI – prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros»<sup>68</sup>.

El principio esencial y fundamental que vincula celebración y culto eucarístico fuera de la misa permite, ante todo, dar a este último sus coordenadas espaciales. A causa de la indispensable relación que une el culto eucarístico a la celebración «evítese cuidadosamente todo lo que en algún modo pueda oscurecer el deseo de Cristo, que instituyó la Eucaristía ante todo para que fuera nuestro alimento, nuestro consuelo y nuestro remedio»<sup>69</sup>. Por ello se especifica que se ponga «el copón o la custodia sobre la mesa del altar» precisando así que el lugar de la adoración eucarística es el altar de la celebración<sup>70</sup>. Por esta razón el culto eucarístico fuera de la misa se desarrolla normalmente en una iglesia o capilla donde se participa en la mesa de la palabra y del pan.

El vínculo entre celebración y culto eucarístico fuera de la misa permite no subrayar sólo la “presencia real” del Señor sino considerar también con atención las otras dimensiones de este misterio que han sido puestas en evidencia, o considerablemente enriquecidas, por la reflexión teológica del siglo XX. Porque «con la eucaristía no se pasa de la no-presencia a la presencia de Cristo, sino de su presencia multiforme al memorial de su donarse en sacrificio, entrando en comunión con él que se dona a sí mismo haciéndonos partícipes de la nueva alianza en su sangre».<sup>71</sup> Es necesario, pues, dejarse formar por la objetividad del misterio eucarístico, memorial de la Pascua del Señor del que nace la Iglesia: si palabra y Eucaristía son el mismo pan que es comido y asimilado, las dos caras del mismo misterio que se iluminan mutuamente, en el desarrollo del culto eucarístico es indispensable la proclamación de algún pasaje de la Palabra de Dios, especialmente de los de la misa del día.

Finalmente, ya que la gracia específica de la Eucaristía es la construcción del cuerpo eclesial, también el culto eucarístico comporta una dimensión comunitaria que prevalece sobre un camino simplemente individual o intimista<sup>72</sup>.

---

66 RCCE, 2.

67 RCCE, 82.

68 SCa, 66.

69 RCCE, 82.

70 EM, 62.

71 L. GIRARDI, «Del vedere l'ostia». *La visione come forma di partecipazione*, in *Rivista Liturgica* 87 (2000), p. 445.

72 Cf. D. MISCHLER, *L'adorazione eucaristica. Riflessione teologica e progetto pastorale*, San Paolo, Cinesello Balsamo 2003, pp. 58.

Las devociones eucarísticas llegadas hasta nosotros crecieron, en general, sobre la base de una teología eucarística individualista<sup>73</sup>. Entonces, «*dado que la celebración eucarística es el centro y el culmen de todas las diversas manifestaciones y formas de piedad... es preciso armonizar según una eclesiología eucarística orientada hacia la comunión todas las devociones eucarísticas, recomendadas y estimuladas también por la encíclica 'Ecclesia de Eucharistia' y por la exhortación apostólica postsinodal 'Sacramentum caritatis'*»<sup>74</sup>.

En el ámbito de la vocación comunitaria de la adoración eucarística, halla espacio también el gesto de la adoración individual llevada a cabo por los miembros de los institutos de vida consagrada, por los fieles o por muchos jóvenes que transcurren personalmente parte de su tiempo en oración ante el Sacramento del altar. En silencio, se ponen ante la mirada amorosa de Cristo y, por el don del Espíritu Santo, reconocen su presencia en el signo del pan partido. La acogida del Señor resucitado genera espontáneamente la alabanza, la acción de gracias, el deseo de una profunda comunión con el Señor, la plegaria por la Iglesia y por el mundo<sup>75</sup>. Así, mediante la parada contemplativa ante el sacramento eucarístico, madura un generoso compromiso de vida cristiana para vivir y testimoniar el Evangelio en la complejidad del mundo de hoy.

---

73 W. KASPER, *Ecclésiologie eucharistique: de Vatican II à l'exhortation Sacramentum Caritatis*, in *L'Eucharistie don de Dieu pour la vie du monde. Actes du Symposium international de théologie. Congrès eucharistique, Québec, Canada, 11-13 juin 2008*; CECC Ottawa, 2009, p. 211

74 BENEDICTO XVI, *Discurso a la Plenaria del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales* (11 Noviembre 2010), in AAS 102 (2010), pp. 900-902.

75 J. M. CANALS, *Orar en la presencia sacramental y permanente de Cristo*, en M. BROUARD (dir.), *Enciclopedia de la Eucaristía*, Bilbao 2004, pp. 837-848.

## 6.

# LA EUCARISTÍA, FUENTE DE LA TRANSFORMACIÓN DE LO CREADO

### 6.1. Significado cósmico de la Eucaristía

El misterio de la Eucaristía es la síntesis y el centro de todo misterio de la fe. En ella se concentra el sacrificio pascual de Jesús, de su bienaventurada pasión, de su muerte salvífica y de su gloriosa resurrección. En ella se realiza y se extiende a todo el cosmos el acontecimiento de recapitulación inaugurado en la encarnación de Cristo: *«En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra»* (Ef 1, 7-10).

La Eucaristía posee una dimensión cósmica que abraza todo. Su efecto universal sobrepasa la Iglesia, la humanidad, los vivos y los muertos, y afecta a todo lo creado. Dispone de esta universalidad cósmica porque contiene a Cristo, muerto y resucitado por nosotros, el cual es el principio y el fin de toda la creación (cf. Col 1, 15-17).

Con su resurrección Jesús derrotó al poder del pecado y de la muerte, hizo resplandecer el sentido último de la vida humana y de todo lo creado, y prefiguró su cumplimiento. Su resurrección es el fundamento seguro *«de los nuevos cielos y la nueva tierra»* que esperamos (2Pe 3, 13), inicio de la nueva creación del universo (cf. Ap 21, 5). Es el principio de aquella transformación total de la que el hombre se hace partícipe resurgiendo junto a Cristo, y a la que todo lo creado está llamado.

### 6.2. La misa sobre el altar del mundo

Cristo, el Redentor de todas las cosas creadas, viene a nosotros en la santa misa y está presente en la Eucaristía. *«Per Cristo, con él y en él»* es del Padre *«todo honor y gloria, en la unidad del Espíritu Santo»*, también el honor y la gloria procedentes de los hombres, de los ángeles y de todo el universo. Por eso, ora así el sacerdote en la plegaria eucarística: *«con razón te alaban todas tus criaturas»*; e introduciendo el *Sanctus*, el himno de alabanza a Dios de todo el cosmos, proclama: *«...con ellos (innumerables ángeles) también nosotros, llenos de alegría, y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu nombre cantando...»*. Concluyendo la plegaria, más tarde, dice: *«que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino [...] y allí, junto con toda la creación libre ya del pecado y de la muerte, te glorifiquemos...»*.

La dimensión cósmica de la celebración de la Eucaristía alimenta la esperanza de todo lo creado: *«también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo, Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida»*<sup>76</sup>.

La relación entre la creación renovada por la Pascua de Cristo y la Eucaristía está bien clara en el hecho que los primeros cristianos se reunían el primer día de la semana para celebrar la Eucaristía. En el primer día de la semana la tumba de Cristo fue encontrada vacía, y el Resucitado se apareció a sus discípulos. La Eucaristía *«del día del Señor»* celebra a Cristo resucitado. El mismo primer día de la semana -partiendo del Antiguo Testamento- recuerda también el primero de los siete días de la creación. Así, desde el comienzo, los cristianos celebraron en la Eucaristía el misterio de Cristo muerto y resucitado, manantial de la nueva creación, en la espera de su retorno glorioso: *«El domingo es el día de la Resurrección, el “primer día” de la nueva creación, cuya primicia es la humanidad resucitada del Señor, garantía de la transfiguración final de toda la realidad creada»*<sup>77</sup>.

Por ello, cada domingo, la comunidad cristiana celebra la Eucaristía anunciando la muerte salvífica de Jesús, proclamando su resurrección en la espera de su venida como Señor de todo lo creado.

### 6.3. La Eucaristía y la transformación de lo creado

La Eucaristía no es solamente centro de la liturgia del cosmos, es también lugar de la exaltación y de la transformación de las cosas creadas. El pan y el vino -como dones creados- son elevados a un orden superior del ser cuando se convierten en el sacramento de la presencia de Cristo resucitado. Se realiza un *«admirable intercambio»*: nosotros ponemos sobre el altar los frutos de la tierra y del trabajo humano y, mediante la plegaria eucarística, Cristo resucitado se hace presente en el pan y en el vino. *«En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación... El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él... Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmi-*

---

76 EE, 8. El autor que más decididamente se orientó en esta dirección fue el jesuita Pierre Teilhard de Chardin. Basta recordar su obra *La Misa sobre el mundo* de 1923, escrita en el desierto de Ordos, en China, el día de la Transfiguración cuando, encontrándose sin pan y sin vino, presenta a Dios la historia del universo como una gran ofrenda que, por medio de Cristo, en el Espíritu, devuelve todo al Padre: *«Ya que una vez más, Señor, no tengo ni pan, ni vino, ni altar, me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo real, y te ofreceré, yo que soy tu sacerdote, sobre el altar de la tierra entera, el trabajo y la pena del mundo»*.

77 PAPA FRANCISCO, Carta encíclica (2015) *Laudato si'* [LS], 237.

co... *La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración*»<sup>78</sup>.

La “conversión” eucarística es el comienzo de aquella transformación definitiva y grandiosa a la que la creación está destinada: «*La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, como una forma de “fisión nuclear” [...]; un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos (cf. 1Cor 15, 28)*»<sup>79</sup>.

En definitiva, en cada santa misa, por obra del Espíritu Santo, el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo y quienes comulgan del Sacramento se transforman en Cristo. Estos cambios anticipan la gran transformación que se realizará en la resurrección del cuerpo y en la nueva creación.

La Eucaristía, centro de la alabanza a Dios por parte de todo lo creado, nutre nuestra esperanza en la resurrección y en la definitiva transformación del cosmos, y es la fuente de nuestro compromiso en la protección de lo creado.

---

78 *LS*, 236.

79 *SCa*, 11.

## 7.

# LA EUCARISTÍA, FUENTE DE LA SANTIDAD

En la Iglesia, el cuerpo de Cristo, «cada cual (miembro) existe en relación con los otros miembros... teniendo dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado» (cf. Rom 12, 4.6). Así, cada miembro de la Iglesia realiza la propia vocación cristiana según una personal forma de vida. El Concilio Vaticano II enseña que: «una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios» y que entre los modos y medios de santidad para alcanzar la perfección que corresponde al propio estado de vida no puede faltar la frecuencia de los sacramentos, «sobre todo de la Eucaristía»<sup>80</sup>.

### 7.1. El ejemplo de los mártires húngaros del siglo XX

En la plegaria eucarística nos dirigimos al Padre «Santo en verdad, fuente de toda santidad», que «por Jesucristo, con la fuerza del Espíritu Santo» da vida y santifica el universo. Precisamente a través de la Eucaristía, cada bautizado llega a ser capaz de comportarse de manera digna de la llamada recibida (cf. Ef 4, 1).

Muchos mártires y santos húngaros del siglo XX, con la fuerza de la Eucaristía e imitando el don de la vida de Cristo, se convirtieron en «sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (cf. Rom 12, 1). Recordemos algunos de sus ejemplos que han iluminado la historia de la Iglesia húngara en el siglo pasado<sup>81</sup>.

El Beato János Brenner (1931–1957)<sup>82</sup> es uno de los sacerdotes con cuya suerte el régimen de estado-partido pretendía intimidar a la Iglesia. El padre János fue llamado junto al lecho de un enfermo en la noche del 14 de diciembre de 1957. Por el camino los hombres de la policía secreta le asesinaron brutalmente. Por ello, en Hungría lo veneramos como el san Tarsicio húngaro, mártir de la Eucaristía. Indicándonos a Cristo vivo en la Eucaristía él se convirtió, al mismo tiempo, en un ejemplo tanto para los religiosos -de hecho era miembro “secreto” de la orden cisterciense abolida por la dictadura comunista- como para los sacerdotes diocesanos.

También el obispo de Győr, el Beato Vilmos Apor (1892–1945), alcanzó el martirio gracias a su arraigada espiritualidad eucarística. Repetía con frecuencia a sus fieles: «Es inútil

---

80 LG, 41 y 42.

81 Por ejemplo: los Beatos Szilárd Bogdánffy, János Scheffler, Zoltán Meszlényi, Péter Pál Gajdics, István Sándor, los siete mártires franciscanos.

82 CSÁSZÁR, ISTVÁN – SOÓS, VIKTOR ATTILA, *Magyar Tarzícius. Brenner János élete és vértanúsága 1931–1957 [Il Tarcisio ungherese. La vita e il martirio di János Brenner, 1931-1957]*, Szombathely 2003, pp. 49-51.

frecuentar la santa misa si no tenemos en nosotros la caridad activa que brota de la fe». Durante la ocupación alemana defendió a los perseguidos sin mirar su confesión religiosa o su raza. En 1945, el Jueves santo celebró aún la institución de la Eucaristía con sus sacerdotes y sus fieles. Al día siguiente, Viernes santo, fue fusilado por un soldado soviético cuando defendía a las mujeres que se habían refugiado en el sótano del palacio episcopal.

También la *Beata Sára Salkaházi* (1899–1944), religiosa, salvadora de los hebreos, recibió de la espiritualidad eucarística la fuerza para el martirio. «*De la Eucaristía viene toda la fuerza*», escribió en su diario<sup>83</sup>. En la sociedad de vida apostólica de las hermanas del Servicio Social, luchó contra las consecuencias inhumanas de la difusión del nacionalsocialismo. Entre el millar aproximado de personas a las que la comunidad dio asilo, casi un centenar fueron salvadas personalmente por sor Sara. Oraba mucho también en la misa diaria para tener la fuerza necesaria para esta lucha. Arrestada por miembros del partido fascista húngaro el 27 de diciembre de 1944, fue fusilada y arrojada al Danubio.

El Siervo di Dio *József Mindszenty* (1892–1975), cardenal arzobispo de Esztergom, fue condenado por el Estado comunista en una farsa de proceso por su valerosa toma de posición contra el poder ateo, y por la impávida defensa de los derechos de la Iglesia y de los derechos humanos. Describió de modo conmovedor cómo, durante su encarcelamiento a lo largo de ocho años, la fuente de su fidelidad y del perdón cristiano, la espiritualidad de la reconciliación y el consuelo de su cautiverio fue la santa misa cotidiana y la adoración de la presencia real de Cristo en la cárcel: «*Conservaba cuidadosamente la Eucaristía. Sabía que mientras nos llevaban a pasear hurgaban y rebuscaban en mi celda, por eso la llevaba conmigo también en los paseos, incluso en Vác. Comulgaba también allí. A menudo hacía la adoración de manera tal que por la noche la tenía junto a mí en la oscuridad. La tocaba a través del velo, ¡cuánto significa Jesús en el Sacramento para el encarcelado encerrado en su celda!*»<sup>84</sup>.

El obispo greco-católico de Transcarpazia, *Beato Teodor Romzsa* (1911–1947)<sup>85</sup> fue asesinado por la policía secreta por orden de Stalin. Es conocido su profundo amor por la Eucaristía. Su último acto, como prelado, fue la dedicación de una iglesia. Mientras regresaba a casa, fue arrollado por un camión y exterminado en el hospital con una inyección de veneno.

El también obispo greco-católico *Péter Orosz* (1917–1953), ordenado a escondidas era ya admirado siendo seminarista por el amor con que lo donaba todo. Vivió así también como obispo. El soldado que lo arrestó mientras llevaba la Eucaristía a un enfermo, le fusiló mientras se arrodillaba ante una cruz por el camino<sup>86</sup>.

---

83 D. ISTVÁN (a cura di), *Boldog Salkaházi Sára. Emlékkönyv* [*Beata Sára Salkaházi. Libro memoriale*], Budapest 2006.

84 J. MINDSZENTY, *Emlékirataim* [*Memorie*], Budapest 2015, 395–396.

85 L. PUSKÁS, *Megalkuvás nélkül – Boldog Romzsa Tódor élete és vértanúhalála* [*Senza compromessi. La vita e il martirio di Beato Tódor Romzsa*], Budapest 2005.

86 L. PUSKÁS, *Ilyeneké Isten országa. Isten Szolgája Orosz Péter (1917–1953) titokban felszentelt püspök élete és vértanúsága* [*Di questi è il regno dei cieli. Vita e martirio del vescovo segretamente ordinato Péter Orosz (1917–1953)*], Nyíregyháza 2010.

## 7.2. Una llamada universal a la santidad

En toda época de la historia de la Iglesia, en toda latitud de la geografía del mundo, los Santos pertenecen a todas las edades y a cualquier estado de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Ellos amaron y siguieron a Cristo en su vida cotidiana y nos demuestran que es posible para todos recorrer la misma senda.

Sus vidas, maduras en la fe de la Iglesia, manifiestan el verdadero rostro del cristianismo. Nosotros gozamos de su presencia y de su compañía y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino para poder compartir la vida bienaventurada.

Todos estamos llamados a la plenitud de la vida. San Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: *«A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud»* (Ef 4, 7. 11-13).

El Concilio Vaticano II se hace eco de las palabras del Apóstol afirmando que *«una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria»* y *«la caridad para con Dios y para con el prójimo (es) el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo»*<sup>87</sup>. Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana. Así cada bautizado se convierte en una tesela del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, para que el rostro de Cristo resplandezca en la plenitud de su fulgor.

La caridad, como una buena semilla, crece y da fruto gracias a la escucha de la palabra de Dios y con la participación en la Eucaristía. La celebración eucarística constituye el momento culminante en el que Jesús, con su Cuerpo entregado y su Sangre derramada para nuestra salvación, devela el misterio de su identidad e indica el sentido de la vocación de todo creyente. Quien se nutre de ese “Pan de vida”, recibe la fuerza de transformarse a su vez en don, como dice san Agustín: *«Sed lo que recibís y recibid lo que sois»*<sup>88</sup>. Tal acción renovadora es subrayada también por el papa Francisco: *«Cuando recibimos a Cristo en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora»*<sup>89</sup>.

Por ello es esencial no dejar ningún domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es un peso añadido, sino que es luz para toda la semana y la fuen-

---

87 LG, 41-42.

88 *Sermo 272 1, In die Pentecostes*; in NBA XXXII/2, p. 1162.

89 PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica (2018) *Gaudete et exultate* [GE], 157.

te de la vida de santidad. En el encuentro dominical con el Resucitado, la existencia cristiana toma una forma eucarística capaz de modelar toda la vida<sup>90</sup>.

### 7.3. En la vida cotidiana

De esto son particularmente conscientes los **sacerdotes**. «*La espiritualidad sacerdotal es intrínsecamente eucarística. La semilla de esta espiritualidad ya se encuentra en las palabras que el Obispo pronuncia en la liturgia de la Ordenación: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”*»<sup>91</sup>.

Así, mediante el diario desempeño del propio oficio «*crecen en el amor de Dios y del prójimo, conservan el vínculo de la comunión sacerdotal, abundan en todo bien espiritual y son para todos un vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes que en el decurso de los siglos, con frecuencia en un servicio humilde y oculto, dejaron un preclaro ejemplo de santidad, cuya alabanza se difunde en la Iglesia de Dios*»<sup>92</sup>.

A ellos les ha sido confiado el “misterio de la fe” para que, junto con sus comunidades, puedan ofrecer a Dios “sacrificios espirituales” (1Pe 2, 5). El culto eucarístico, tanto en la celebración de la misa como hacia el Santísimo Sacramento, se convierte de este modo en «*una corriente vivificante, que une el sacerdocio ministerial o jerárquico al sacerdocio común de los fieles y lo presenta en su dimensión vertical y con su valor central*»<sup>93</sup>.

La **vida consagrada** a Dios mediante los consejos evangélicos significa y realiza en la Iglesia la total donación de sí al Señor. Así, con los votos de castidad, pobreza y obediencia, los consagrados unen la ofrenda de sí mismos a la de Cristo. Este ofrecimiento lo renuevan los religiosos en cada misa y en cada comunión<sup>94</sup>.

Es natural que la celebración de la Eucaristía, la comunión y la adoración eucarística estén en el centro de la vida consagrada como fuente del don de sí a renovar día tras día<sup>95</sup>.

Un particular estímulo se dirige a las **familias**, para que obtengan inspiración y fuerza del Sacramento de la Eucaristía. «*El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida y la tarea educativa son ámbitos privilegiados en los que la Eucaristía puede mostrar su capacidad de transformar la existencia y llenarla de sentido*». «*En este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde*

---

90 *SCa*, 76-77.

91 *SCa*, 80.

92 *LG*, 41.

93 JUAN PABLO II, Carta (1980) *Dominicae cenae* [DC], 2.

94 Cf. *SCa*, 81.

95 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal (1996) *Vita Consecrata* [VC], 95.

*dentro, su alianza conyugal. En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad»<sup>96</sup>.*

El mundo es el campo donde Dios pone a sus hijos como buena semilla. Es allí, en la existencia cotidiana, donde todos los **bautizados laicos**, fortalecidos por la Eucaristía, están llamados a vivir, dentro de las comunes condiciones de la vida, la novedad radical aportada por Cristo. La Eucaristía debe incidir cada vez más profundamente en su existencia cotidiana, llevándoles a ser testigos reconocibles en el propio ambiente de trabajo y en la sociedad entera.

Es este el testimonio que ofreció el *Beato László Batthyány-Strattmann* (1870–1931), un médico húngaro padre de once hijos que, con su servicio de oftalmólogo, ayudó ejemplarmente a los pobres, comprometiéndose no sólo a curarlos sino también a alimentar su fe. Este médico que comulgaba diariamente, vivió una vida eucarística en el ejercicio comprometido de su vocación y al servicio de los pobres.

Hay, además, una nueva generación de cristianos llamada a contribuir a la edificación y a la renovación de las realidades humanas: son los **jóvenes**. Tras tanta violencia y opresión, el mundo necesita de ellos para “tender puentes”, para unir y reconciliar. Después de la cultura del hombre sin vocación, urgen hombres y mujeres que creen en la vida y la acogen como llamada que procede de Dios; más allá de las relaciones mediadas exclusivamente por los *social media*, «sólo jóvenes valientes, con mente y corazón abiertos a ideales altos y generosos, podrán restituir belleza y verdad a la vida y a las relaciones humanas»<sup>97</sup>.

El camino para llegar a ser profetas de esta nueva era y mensajeros del amor va sostenida por la Palabra de Dios y por la activa participación en la Eucaristía, centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de toda comunidad cristiana. Participando del cuerpo y la sangre de Cristo y viviendo con gozo la comunión eclesial, niños y jóvenes encontrarán la fuerza para vivir este particular momento histórico, como demuestran las Jornadas Mundiales de la Juventud que ponen en su centro la celebración de la Eucaristía.

Jesús amaba a los **niños** y los acogía con gusto (cf. Mc 10, 13). Completando el camino de la iniciación cristiana mediante la catequesis familiar y parroquial, con la misa de la primera comunión los niños se convierten en miembros activos de la comunidad cristiana.

San Juan Pablo II recordó cómo la Eucaristía nutre el amor de los niños hacia Jesús: «¡Jesús, pues, ha querido permanecer con nosotros para siempre! Jesús ha querido unirse íntimamente a nosotros en la santa comunión, para demostrarnos su amor directa y personalmente. Cada uno puede decir: “¡Jesús me ama! ¡Yo amo a Jesús!...”. Jesús es el amigo del que no se puede pres-

---

96 *SCa*, 79; JUAN PABLO II, Exhortación apostólica (1981) *Familiaris Consortio* [FC], 57.

97 Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía de la Santa Misa de clausura de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud* (Sydney, 20 julio 2008), in *AAS* 100 (2008), p. 548.

*cindir ya más cuando se le ha encontrado y se ha comprendido que nos ama y quiere nuestro amor... ¡manteneos dignos de Jesús a quien recibís! ¡Sed inocentes y generosos! ¡Comprometeos para hacer hermosa la vida a todos con la obediencia, con la amabilidad, con la buena educación! ¡El secreto de la alegría es la bondad!»<sup>98</sup>.*

En la misa dominical parroquial, niños y niñas sirven al altar, cantan en la *schola cantorum* y se afanan para hacer gozosa la celebración. Junto a sus familias, ellos descubren que en el encuentro con Jesús está la fuente de su amor y la fuerza para crecer gradualmente en la fe hacia una «plena incorporación al cuerpo de Cristo»<sup>99</sup>.

De modo especial se hallan unidos a Cristo sufriente **los pobres, los enfermos, los perseguidos** por la justicia: el Señor en el Evangelio los proclamó bienaventurados, «*y el Dios de toda gracia que os ha llamado a su gloria eterna en Cristo Jesús, después de sufrir un poco, él mismo os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolidará*» (1Pe 5, 10).

A cuantos están para dejar esta vida, la Iglesia les ofrece la Unción de los enfermos y la Eucaristía como viático porque en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo hay una semilla de vida eterna y la potencia de la resurrección: «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día*» (Jn 6, 54). Así, la Eucaristía se manifiesta como «*fármaco de inmortalidad*», para vivir por siempre en Jesucristo<sup>100</sup>.

En una antigua oración, la Iglesia aclama este sacramento como anticipación de la gloria del cielo: «*¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura!*». Después que Cristo en su misterio pascual pasó de este mundo al Padre, en la Eucaristía se conserva la prenda de la gloria futura junto a él: «*la participación en el Santo Sacrificio nos identifica con su Corazón, sostiene nuestras fuerzas a lo largo del peregrinar de esta vida, nos hace desear la Vida eterna y nos une ya desde ahora a la Iglesia del cielo, a la Santa Virgen María y a todos los santos.*»<sup>101</sup>.

---

98 JUAN PABLO II, *Homilía en la primera comunión de los niños* (14 Junio 1979).

99 *EM*, 14.

100 Cf. CCC, 1524.

101 CCC, 1419.

## 8.

# LA EUCARISTÍA, FUENTE DE LA MISIÓN Y DEL SERVICIO

### 8.1. Sacramento de la misión cumplida

«Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda», aseguraba el papa San Juan Pablo II en 2003<sup>102</sup>. La Eucaristía es la fuente de la evangelización y, contemporáneamente, la meta final a alcanzar; el «“el sacramento de la misión cumplida”, donde se alimenta el deseo común de la humanidad: la comunión con Dios, cuando él será todo en todos, y la fraternidad universal»<sup>103</sup>. Porque todos tienen derecho a recibir el Evangelio, los cristianos lo anuncian sin excluir a nadie, como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello y ofrece «un banquete deseable»<sup>104</sup>.

«Después de la bendición, el diácono o el sacerdote despide al pueblo con las palabras: *Ite, missa est*. En este saludo podemos apreciar la relación entre la Misa celebrada y la misión cristiana en el mundo»<sup>105</sup>. Efectivamente, la Eucaristía es la fuente de la que mana el potencial evangelizador de la Iglesia porque ella «no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su proyecto. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita»<sup>106</sup>.

Quien ha bebido de la fuente del agua viva (cf. Jn 4, 14) debe dar de beber también a los demás. «La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39)... ¿A qué esperamos nosotros?»<sup>107</sup>. Es el momento de pasar del proyecto litúrgico a la actuación en la vida de nuestras comunidades.

### 8.2. De Emaús a Jerusalén

La imagen evangélica de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13–35), representa bien la fisonomía misionera de la Iglesia y de cada bautizado porque el encuentro con el Resucita-

102 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal (2003) *Ecclesia in Europa* [EEu], 45.

103 COMITÉ PONTIFICIO PARA LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES, *Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. La Eucaristía: fuente y culmen de la misión de la Iglesia*, Madrid 2015, p. 80.

104 PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica (2013) *Evangelii Gaudium* [EG], 14.

105 *SCa*, 51.

106 *MND*, 25. Cf. también *SCa* 84: «No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana».

107 *EG*, 120.

do, que acontece mediante la escucha de la Palabra y el compartir el pan, empuja a los dos discípulos/peregrinos a convertirse en anunciadores entusiastas del Señor.

La historia de Emaús comienza en la senda recorrida por dos discípulos profundamente decepcionados, que habían vivido la Pascua no como un acontecimiento de salvación sino como un fracaso de la misión de Jesús y de sus esperanzas. A su lado se junta un peregrino anónimo.

El *punto originante* de la evangelización es el amor de Dios que nos precede: ¡Dios te ama! Se acerca a ti sin poner condiciones. Así, «Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos» (Lc 24, 15). El *primer paso* de la evangelización consiste en hacernos compañeros de viaje de nuestros hermanos para testimoniarles el amor de Dios que nos precede. Lo experimentamos al comienzo de la misa cuando Dios nos sale al encuentro, y nos introducimos en la vida y en el amor de Dios uno y trino haciendo la señal de la cruz.

Pero los discípulos de Emaús no reconocieron a Jesús hasta que él no abrió sus mentes a la comprensión de las Escrituras (Lc 24, 17). También nosotros, celebrando la Eucaristía con ritmo semanal, experimentamos ante todo que la evangelización no se ocupa tanto de explicar una doctrina sino de interpretar todo, la vida y la liturgia, a la luz de los acontecimientos salvíficos de la Pascua del Señor. Este es el objetivo de la proclamación de las Escrituras. En la escucha del Antiguo y del Nuevo Testamento “arde nuestro corazón” mientras Cristo mismo nos revela no sólo la trama de la historia de la Salvación sino también el sentido de todo lo que vivimos. «Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico»<sup>108</sup>. Por ello la Iglesia, desde siempre, cuando celebra la Eucaristía, no deja nunca de proclamar «lo que se refiere a él en todas las Escrituras» (Lc 24, 27).

Llegados a Emaús, acogiendo la invitación de los dos discípulos, el Resucitado entra en casa con ellos, se sienta a la mesa, toma el pan, lo bendice, lo parte y se lo da. Son los mismos gestos que se repiten en la liturgia eucarística. Sólo entonces le reconocen.

Asombrados y llenos de gozo, una vez reconocido el Señor al partir el pan, los discípulos de Emaús «se volvieron a Jerusalén» (Lc 24, 33), a la comunidad de los Doce, para anunciar haber visto al Señor.

Todo esto se sigue realizando cuando, en el *Día del Señor* (Ap 1, 10), hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap 7, 9) se encaminan hacia una serie de catedrales, basílicas, iglesias parroquiales... Es un río inmenso que recoge a los cristianos de toda procedencia: desde los países escandinavos a los del Mediterráneo, de las Américas, de Asia, de África, de Australia. Cristianos que van a pie, en bicicleta, en

---

108 BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica post sinodal (2010) *Verbum Domini* [VD], 55.

metro, en autobús, en coche; centenares de miles de bautizados que avanzan, se unen en asamblea alrededor del altar del Señor, para convertirse juntos en el *Cuerpo de Cristo* en el corazón de la ciudad moderna. Desde hace veinte siglos el Pueblo de Dios efectúa este movimiento eucarístico que hallará su meta definitiva cuando la humanidad comerá de nuevo el pan en el Reino de Dios.

Después, una vez que la misa ha sido celebrada, de nuevo, aunque en sentido inverso, los mismos desfiles de creyentes se vuelven a poner gozosamente en camino. Y disolviéndose poco a poco, se pierden como semilla en los surcos de la tierra, regresando a sus ocupaciones habituales. Iluminados por la Palabra de Vida, alimentados por la Eucaristía, trazan en el corazón de la ciudad terrena nuevos senderos que forman la trama secreta del vivir humano. Como ríos de agua viva brotados del lado derecho del templo (cf. Ez 47, 2) riegan plazas, caminos, barrios, hasta la última habitación de la periferia más lejana.

De este modo la celebración de la Eucaristía se transforma en un motor de cambio de corazón y de la sociedad y crea una cultura de fraternidad: *«El encuentro eucarístico despierta en el discípulo la voluntad decidida de anunciar a los demás, con audacia, lo que se ha oído y vivido, para guiarles también a ellos al mismo encuentro con Cristo. De este modo, el discípulo, enviado por la Iglesia, se abre a una misión sin fronteras»*<sup>109</sup>.

### 8.3. Eucaristía y servicio fraterno: la diaconía

La celebración de la Eucaristía no termina con la bendición y el saludo final, dado que la santa misa es fuente y motor de la vida de la Iglesia, especialmente en el ámbito de la diaconía que es una de sus actividades fundamentales. Según la Constitución litúrgica *«la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascales", sean "concordes en la piedad"; ruega a Dios que "conserven en su vida lo que recibieron en la fe", y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo»*<sup>110</sup>.

Todo el misterio de la caridad de Dios revelado y actuado en la Pascua del Unigénito y en el don del Espíritu, está contenido en el misterio de la Eucaristía. Ella asegura que la caridad es la actitud de quien ha hecho comunión con el Señor. Antes de ser una obra o una iniciativa, la caridad es un conjunto de actitudes ejemplificadas en el don de Cristo.

En el memorial pascual la Iglesia nace como comunidad de servicio. La Eucaristía hace resonar perennemente en la comunidad la invitación a cumplir cuanto Jesús vivió en primera persona, o sea el don total de sí mismo para la salvación de todos. La comunidad eucarística, comulgando con la suerte del Siervo, se convierte también ella en sierva: co-

---

109 XI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Proposiciones* (22 octubre 2005) n. 42; en *Enchiridion Vaticanum* V. 23, p. 767.

110 SC, 10.

miendo «*el cuerpo entregado*» se convierte en «*cuerpo eclesial entregado, cuerpo para los demás, cuerpo ofrecido por las multitudes*». Y los fieles, mientras anuncian «*la muerte del Señor y proclaman su resurrección esperando su venida*», hacen de su existencia un don total.

También en el recorrido de la nueva evangelización, la ley fundamental es la de la cruz de Cristo que cayó en tierra como un grano de trigo para dar mucho fruto (Jn 12, 24). La historia sigue demostrando que no se puede dar vida si no es ofreciéndose a sí mismo. La fuerza evangelizadora que nace de la Eucaristía impulsa así a los fieles a actualizar en el propio contexto histórico el gesto de aquel que «*habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando... y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido... "Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros"*» (Jn 13, 1-5. 14).

Cada vez que celebramos la Eucaristía, tomamos conciencia de que el sacrificio de Cristo es para todos, y que la Eucaristía «*impulsa a todo el que cree en Él a hacerse "pan partido" para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno... La vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo*»<sup>111</sup>.

En el servicio de caridad con los pobres, los pequeños, los marginados, celebramos nuestra verdadera pascua, nuestro paso de la muerte a la vida. Saliendo del templo tras el saludo final de la misa, «*caminamos por los senderos del mundo sin espejismos, sin utopías ideológicas, llevando dentro de nosotros el Cuerpo del Señor.... Con la humildad de sabernos simples granos de trigo, tenemos la firme certeza de que el amor de Dios, encarnado en Cristo, es más fuerte que el mal, que la violencia y que la muerte...*»<sup>112</sup>. En verdad, no se puede estar dentro de la historia con amor sin la Eucaristía, ni se puede celebrar la Eucaristía sin servir después al mundo con el evangelio de la caridad.

#### **8.4. Eucaristía y unidad de los bautizados: la comunión**

«*Ubi eucharistia, ibi ecclesia, [Donde se celebra la Eucaristía allí está la Iglesia]*». Este es el principio de la eclesiología eucarística que no encontramos sólo en los teólogos ortodoxos sino, de modo diverso, también en algunos pasajes del Concilio Vaticano II y en los teólogos católicos.

La Eucaristía en cuanto realización del banquete de los tiempos mesiánicos se ofrece como comunión en la única mesa y convocatoria universal no sólo de los creyentes sino de todos los hombres<sup>113</sup>. De hecho, la Eucaristía no representa sólo un signo de fe personal; no es celebrada para reforzar parcialidades y clausuras, sino para hacer saltar barreras y abrir a la universalidad de la llamada salvífica. Desgraciadamente, en la situación actual no es

---

111 Sca, 88.

112 BENEDICTO XVI, *Homilía en la fiesta del Corpus Christi* 2011, en AAS 103 (2011) p. 464.

113 Ya la *Didajé* (9,4) apunta este tema cuando explica el simbolismo del pan y el vino y del banquete de la salvación: «*Como este pan partido estaba disperso aquí y allá sobre las colinas y, recogido, se convirtió en una sola cosa, así se recoja tu Iglesia en tu reino de los confines de la tierra*».

posible que todos los bautizados de cualquier confesión cristiana se reúnan en torno a la única mesa del Señor y participen del único banquete del Resucitado. Ello es a causa de la división histórica de las Iglesias, pecado que contradice abiertamente el sentido de la cruz y del misterio eucarístico.

Los documentos sobre la Eucaristía que se han sucedido en los últimos decenios han limado las contraposiciones, tan fuertes en otros tiempos, entre los cristianos de las diferentes confesiones. Señales positivas de acercamiento se han manifestado allí donde en otro tiempo sólo había divisiones y contrastes. Lo recordamos aquí esperando que, también gracias al Congreso Eucarístico Internacional, puedan recibir un reconocimiento teológico más amplio y encontrar sitio en la conciencia común de los fieles.

Particularmente significativo fue el documento de convergencia sobre «*Bautismo, Eucaristía y Ministerio*» [BEM], publicado por la Comisión *Fe y Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias*, de 1982. Resultado de más de 50 años de estudio, el documento es reconocido como uno de los más influyentes resultados del diálogo multilateral; representa el más alto grado de convergencia ecuménica y, en algunos aspectos, de consenso, sobre tres temas fundamentales que han dividido y dividen a los cristianos desde el siglo XVI. Sobre la Eucaristía, la respuesta oficial de la Iglesia católica reconoce que «*la estructura y la secuencia expositiva de los aspectos básicos del documento... son conformes a la doctrina católica*»<sup>114</sup>.

Las posiciones de los hermanos separados respecto al tema divisivo del “sacrificio” eucarístico, se han acercado con la ayuda del concepto bíblico de “memorial”: «*La Eucaristía es el memorial de Cristo crucificado y resucitado, es decir, el signo vivo y eficaz de su sacrificio, consumado una vez por todas en la cruz y actuando siempre en favor de toda la humanidad. La concepción bíblica del memorial aplicada a la eucaristía expresa esta eficacia actual de la obra de Dios cuando la misma se celebra por su pueblo bajo forma de liturgia. Cristo mismo, con todo lo que ha llevado a cabo por nosotros... está presente en este memorial: nos otorga la comunión con Él*»<sup>115</sup>.

A propósito de la “presencia real” y de su realizarse en la celebración, el BEM reconoce que: «*Las palabras y gestos de Cristo en la institución de la Eucaristía están en el centro de la celebración: la cena eucarística es el sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, el sacramento de su presencia real. Cristo realiza de múltiples formas su promesa de estar con los suyos hasta el fin del mundo. Pero el modo de la presencia de Cristo en la Eucaristía es único... La Iglesia confiesa la presencia real, viva y operante de Cristo en la Eucaristía*»<sup>116</sup>.

De relevante importancia sigue siendo la cuestión de la intercomunión, con la tensión entre la Eucaristía como *signo* y la Eucaristía como *causa* de unidad<sup>117</sup>. Si se mira a la im-

---

114 MAX THURIAN (ed.), *Le Chiese rispondono al BEM*, 6 vol., Ginevra 1986-1988. El volumen VI contiene la “Respuesta” oficial de la Iglesia católica.

115 COMISIÓN FE Y CONSTITUCIÓN, *Bautismo, eucaristía, ministerio. Documento de Lima, 1982*, en *Enchiridion Oecumenicum*, vol. I, Bologna 1986, p. 1411.

116 COMISIÓN FE Y CONSTITUCIÓN, *Bautismo, eucaristía, ministerio. Documento de Lima, 1982*, p. 1413.

117 Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto sobre el Ecumenismo (1964) *Unitatis Redintegratio* [UR], 8: «*no es lícito considerar la comunicación en las funciones sagradas [“communicatio in sacris”] como medio que pueda usarse indiscriminadamente para restablecer la unidad de los cristianos. Esta comunicación depende, sobre todo, de dos principios: de la significación de la unidad de la Iglesia y de la participación en los medios de la gracia. La*

portancia del signo, la hospitalidad eucarística parece difícil porque la Eucaristía debe expresar y celebrar una unidad ya conseguida y actuada. Según la enseñanza católica y ortodoxa la Eucaristía no es sólo un instrumento de nuestra unión individual con Cristo, sino también el sacramento de nuestra plena adhesión a la Iglesia, a su fe, a su estructura sacramental, a sus exigencias morales. Si se mira, sin embargo, a su significado de *causa*, la intercomuni3n es posible en determinados casos.

Mientras tanto, el camino de la unidad crece y se desarrolla reforzando el «*ecumenismo de la vida*» que, puesto bajo el signo de la cruz, compromete a cada uno a vivir la compasi3n y la misericordia de Dios. Ello se traduce fundamentalmente en el testimonio de vida vivido cotidianamente a trav3s de la meditaci3n de las Sagradas Escrituras, el trabajo com3n con los bautizados de otras Iglesias, el compromiso en grupos ecum3nicos, la colaboraci3n en iniciativas de catequesis y de formaci3n en las comunidades locales de diversas confesiones.

En el campo cultural se pueden utilizar celebraciones ecum3nicas de la Palabra de Dios; la Liturgia de las Horas; las peregrinaciones ecum3nicas y otras iniciativas. En el campo de la *diaconía* los cristianos se comprometen ya en muchas iniciativas comunes, tambi3n porque los reducidos recursos financieros obligan progresivamente a unir las fuerzas: centros sociales, asistencia a los ancianos, visita a las familias en dificultad, pastoral hospitalaria, *mass media*... Son s3lo alguno de los ámbitos en los que el Evangelio de la comuni3n conjugado en la celebraci3n encuentra modo de actuar y difundirse.

No se olvide, finalmente, el «*ecumenismo espiritual*», alma del camino hacia la unidad. En las m3s variadas situaciones hay hombres y mujeres inspirados por el Esp3ritu Santo que actualizan la «*buena noticia*» poniendo de manifiesto el impulso del Evangelio donde la Iglesia est3 cansada; que practican comunitariamente formas de vida evang3licas y ecum3nicas, creando as3 un movimiento espiritual en el que se ora incesantemente por el advenimiento de la unidad<sup>118</sup>.

## 8.5. Eucaristía y reconciliaci3n

El salmista canta: «*Todas mis fuentes est3n en ti*» (Sal 87, 7). Cuantos beben de la fuente de la Eucaristía, habitantes de Palestina, Tiro y Etiopía (cf. Sal 87, 4) e hijos de cualquier pueblo, se convertir3n en miembros del mismo Cuerpo de Cristo, ciudadanos de la Jerusal3n celestial, de la ciudad de Dios (cf. Flp 3, 20).

---

*significaci3n de la unidad prohíbe de ordinario la comunicaci3n. La consecuci3n de la gracia algunas veces la recomienda. La autoridad episcopal local ha de determinar prudentemente el modo de obrar en concreto, atendidas las circunstancias de tiempo, lugar y personas, a no ser que la Conferencia episcopal, a tenor de sus propios estatutos, o la Santa Sede provean de otro modo.*

118 Para todas estas problem3ticas véase: L. BIANCHI, *Eucaristia ed ecumenismo. Pasqua di tutti i cristiani*, Bologna 2007; W. KASPER, *Sacramento dell'unit3. Eucaristia e Chiesa*, (GDT 305) Brescia 2004; M. FLORIO-C. ROCCHETTA, *Sacramentaria speciale I*, (Corso di Teologia sistematica 8/a), Bologna 2004.

En la Eucaristía se hace presente el misterio trinitario de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que atrae a la misma comunión a la gran familia humana: «*En una feliz intuición, el célebre icono de la Trinidad de Rublöv pone la Eucaristía de manera significativa en el centro de la vida trinitaria*»<sup>119</sup>. Cristo es aquel que en su Pascua redentora abatió el muro de separación que dividía a los pueblos, anuló su enemistad (cf. Ef 2, 14), y ha hecho miembros de su cuerpo a quienes de él se alimentan. En efecto, «*formamos un solo cuerpo*» asegura san Pablo (1Cor 10, 17) y: «*no hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*» (Gal 3, 28). El don de Cristo y de su Espíritu, que recibimos en la comunión eucarística «*colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad, propia de la participación común en la misma mesa eucarística, a niveles que están muy por encima de la simple experiencia convivencial humana*»<sup>120</sup>.

Una verdadera unidad entre los hombres y entre las naciones no se puede realizar plenamente si no halla en Dios su raíz, sólo en él: «*¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo!*»<sup>121</sup>.

Esta unidad no anula las diferencias entre las naciones. El Creador quiso que el hombre fuera un ser social e histórico que se realizase en diversas civilizaciones, a través de diversas lenguas maternas<sup>122</sup>. Porque la unidad donada por Dios no es caos ni fraternidad fingida que manda a la guillotina a quien piensa de modo diferente; nace del don del Espíritu Santo que, en Pentecostés, viene a sanar la confusión de las lenguas y permite que todos puedan comprenderse por medio del mismo Espíritu.

En los siglos pasados los pueblos de la Europa Central, implicados en las tormentas de la historia, se enfrentaron a menudo en los campos de batalla. Pero, no obstante, no olvidaron el vínculo profundo que sigue uniéndolos, es decir su fe cristiana. Y así, una vez más, Cristo es la única esperanza de esta región del mundo, de toda Europa y de la humanidad entera; y la celebración de la Eucaristía es signo e instrumento de la común pertenencia de estos pueblos a Cristo.

Conscientes de ello, en los últimos años, las Conferencias Episcopales de varios países de la Europa central han celebrado juntos la Eucaristía y han sellado declaraciones conjuntas bajo el signo de la reconciliación<sup>123</sup>. De hecho, «*gracias a las celebraciones eucarísticas, pueblos en conflicto han podido reunirse en torno a la Palabra de Dios, escuchar su anuncio profético de reconciliación a través del perdón gratuito y recibir la gracia de la conversión que permite la*

---

119 Cf. MND, 11.

120 EE, 24.

121 Cf. JUAN PABLO II, *Homilía de comienzo de pontificado* (22 octubre 1978), en AAS 70 (1978), pp. 944 ss.

122 Cf. PONTIFICIO CONSEJO DE JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 384-387.

123 Esto ha acontecido, por ejemplo, entre la Conferencia Episcopal de Hungría y la eslovaca en el santuario nacional de Mátraverebély-Szentkút el 28 junio 2008. Un documento similar nació en 2003 con el *Versöhnte Nachbarschaft im Herzen Europas* (entre las Conferencias Episcopales austríaca y checa) y en 2004 en el Encuentro Católico Centroeuropeo de Mariazell.

comuni3n con el mismo pan y el mismo c3liz. Jesucristo, que se ofrece en la Eucarist3a, refuerza la comuni3n entre los hermanos y, en especial, urge a quienes se encuentran en conflicto a apresurar su reconciliaci3n, a trav3s del di3logo y la justicia»<sup>124</sup>.

En este sentido, el Congreso Eucar3stico Internacional ser3 una ocasi3n estupenda para continuar el camino de sanaci3n de la memoria<sup>125</sup>, para perdonar las ofensas del pasado y volver a encontrar en Cristo la plena reconciliaci3n capaz de vencer las dificultades y las tentaciones del tiempo presente<sup>126</sup>. En este af3n de reconciliaci3n, la Eucarist3a se convierte, en la vida, en lo que significa en la celebraci3n.

Cada pa3s de Europa, a lo largo de la historia, ha expresado su fe en la Eucarist3a con acentos y tradiciones propios. Las procesiones del Corpus, las alfombras florales, las solemnes adoraciones eucar3sticas, las liturgias de los dones presantificados y las fiestas de la primera comuni3n han enlazado a los pueblos de la Europa central (polacos, checos, eslovacos, eslovenos, croatas, serbios, h3ngaros, austr3acos, ucranianos, rumanos, etc.). Nuestra civilizaci3n construy3 la unidad espiritual de Europa bebiendo en una misma fuente. A d3a de hoy, en el momento hist3rico que vivimos, cada Iglesia particular no puede responder sola a los desaf3os que nos interpelan.

Sin negar las diferencias derivadas de los avatares hist3ricos, madura cada vez m3s la conciencia de la unidad que, hundiendo sus ra3ces en la com3n inspiraci3n cristiana, a3ne las diversas tradiciones culturales e impulse, tanto a nivel social como eclesial, un camino de r3ciproco conocimiento compartiendo los valores de cada uno<sup>127</sup>.

Todo ello vale tambi3n para nuestros hermanos *rom* [gitanos] que tienen como patr3n al Beato Ceferino, hombre de profunda piedad eucar3stica. Esta fe encontr3 p3blica demostraci3n cuando, en 1965, una peregrinaci3n de ellos regal3 al papa Pablo VI una custodia hecha con alambre espinado, en recuerdo de los gitanos asesinados en los campos de exterminio nazis.

Hace casi un siglo, Martin Buber afirm3 que una civilizaci3n sigue viva mientras siga en contacto con el misterio vivo del que naci3<sup>128</sup>. Las civilizaciones de Europa nacieron del misterio de Cristo. A esta fuente vivificadora debemos volver acogiendo la invitaci3n de san Juan Pablo II: «[Europa], a lo largo de los siglos has recibido el tesoro de la fe cristiana. 3sta fundamenta tu vida social sobre los principios tomados del Evangelio y su impronta se percibe en el arte, la literatura, el pensamiento y la cultura de tus naciones. Pero esta herencia no pertenece so-

---

124 XI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL S3NODO DE LOS OBISPOS, *Proposiciones* (22 octubre 2005) n. 49; en *Enchiridion Vaticanum* V. 23, p. 771.

125 Seg3n expresi3n amada por san Juan Pablo II. El concepto naci3 en el contexto del Gran Jubileo del a3o 2000. Cf. *Tertio Millenio Ineunte* 33–35; *Incarnationis Mysterium* (1998), 11.

126 Los fundamentos teol3gicos del camino de reconciliaci3n se pueden encontrar en COMISI3N TEOL3GICA INTERNACIONAL, *Memoria y Reconciliaci3n: La Iglesia y las culpas del pasado* (2002). El texto completo se puede encontrar en [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/cti\\_documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20000307\\_memory-reconc-itc\\_it.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20000307_memory-reconc-itc_it.html).

127 *EEu*, 4.

128 M. BUBER, *Prolusione a Francoforte*, 1922.

*lamente al pasado; es un proyecto para el porvenir que se ha de transmitir a las generaciones futuras, puesto que es el cuño de la vida de las personas y los pueblos que han forjado juntos el Continente europeo»<sup>129</sup>.*

---

129 *EEu*, 120.

## 9.

### AVE VERUM CORPUS NATUM DE MARIA VIRGINE

En el último capítulo de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), san Juan Pablo II convoca a los fieles a “*la escuela di María mujer eucarística*”. Afirma que «*la Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio*»<sup>130</sup> y asegura que, siguiendo sus huellas, podremos celebrar y vivir el misterio eucarístico, «*el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira*»<sup>131</sup>.

La relación profunda entre María y la Eucaristía ha de situarse ante todo sobre el trasfondo del capítulo VIII de la Constitución conciliar sobre la Iglesia *Lumen Gentium* según el cual «*María, por su íntima participación en la historia de la salvación reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe*»<sup>132</sup>. A estas verdades supremas de la fe pertenece la Eucaristía, *mysterium fidei* por excelencia.

Igualmente la presentación de María “*mujer eucarística*” ejemplar para la comunidad cristiana, se puede entender solamente a partir de doctrina patrístico-conciliar de la Virgen Madre «*tipo de la Iglesia*» en el orden «*de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo*»<sup>133</sup>. Tal doctrina es aplicada por la exhortación apostólica *Marialis cultus* de Pablo VI a la liturgia a celebrar y vivir, inspirándose en María «*ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterios*»<sup>134</sup>. El mismo documento desciende después en la ejemplificación de María como «*Virgen oyente..., orante..., madre..., oferente*» y a la mención de su presencia en el sacrificio eucarístico que «*cumple la Iglesia en comunión con los Santos del cielo y, en primer lugar, con la bienaventurada Virgen*»<sup>135</sup>.

La comunidad de los creyentes ve en María, “*mujer eucarística*”, el icono mejor conseguido y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. «*Por eso, disponiéndose a acoger sobre el altar el “verum Corpus natum de Maria Virgine”, el sacerdote, en nombre de la asamblea litúrgica, afirma con las palabras del canon: “Veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor”*»<sup>136</sup>. Y su santo nombre es invocado y venerado también en los cánones de las tradiciones orientales cristianas.

«*Ella es la “Tota pulchra”, Toda hermosa, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un*

---

130 *EE*, 53.

131 *EE*, 59.

132 *LG*, 65.

133 *LG*, 63.

134 PABLO VI, Exhortación apostólica (1974) *Marialis Cultus* [MC], 16.

135 *MC*, 20.

136 *SCa*, 96.

*fiel espejo en Ella*»<sup>137</sup>. Los fieles, por su parte, esforzándose en tener los mismos sentimientos de María, aprenden a ser personas eucarísticas y eclesiales y ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre, para presentarse después “inmaculados” ante el Señor, según su voluntad (cf. Col 1, 21; Ef 1, 4).

La Iglesia, que «*en la Eucaristía se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María*»<sup>138</sup> canta con ella el *Magnificat* en perspectiva eucarística: verdadera actitud eucarística son, en efecto, la alabanza y la acción de gracias, la memoria de las maravillas realizadas por Dios en la historia de la salvación, la tensión escatológica hacia los cielos y la tierra nuevos cuyo germen está en la vida de los humildes elevados por Dios. Como la pobre de Yahvé y la Sierva del Señor, María sigue orientando a los discípulos de su Hijo hacia el estilo eucarístico del don de sí y del servicio.

El Espíritu Santo, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María, encienda en nosotros el mismo ardor que experimentaron los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) y renueve en nuestra vida el asombro eucarístico por el esplendor y la belleza que resplandecen en el rito litúrgico, signo eficaz de la Pascua de Cristo y lugar de la gloria de Dios. Aquellos discípulos se levantaron y volvieron deprisa a Jerusalén para compartir el gozo con los hermanos y hermanas en la fe. La verdadera alegría es reconocer que el Señor muerto y resucitado permanece entre nosotros, compañero fiel en nuestro camino, y se muestra nuestro contemporáneo en el misterio de la Iglesia, su Cuerpo<sup>139</sup>.

Testigos de este misterio de amor, rebosantes de gozo y de maravilla, seguimos nuestro camino al encuentro con la santa Eucaristía, para experimentar y anunciar a los demás la verdad de la palabra con la que Jesús se despidió de sus discípulos: «*sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos*» (Mt 28, 20).

---

137 *SCa*, 96.

138 *EE*, 58.

139 Para estas consideraciones finales, cf. *SCa*, 96-97.

**ORACIÓN**  
**para el**  
**LII CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL**  
**de Budapest (Hungria)**

*Te damos gracias,  
Señor Jesucristo,  
que en la Eucaristía, fuente del amor,  
invitas a tu pueblo a alimentarse  
del Pan de la vida  
y del Cáliz de la salvación,  
memorial de tu pasión, muerte y resurrección.  
Que la fuerza que nos comunicas  
con tu sacrificio y tu presencia,  
nos ayude a ser para los demás  
pan que nutre y vino que alegra,  
servidores humildes de la reconciliación  
entre las Iglesias y los pueblos,  
para anunciar con gestos y palabras,  
que tú eres el único Señor,  
la fuente de toda vida.*